# LAS DOCE EN PUNTO

Sainete en tres actos, estrenado en el teatro Lara,
de Madrid, el día 21 de diciembre de 1933

## REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES |
|---|---|
| CASILDA | Sra. Catalá. |
| NIEVES | Srta. Custodio. |
| SEÑÁ RITA | Sra. Alba (I.). |
| SEVERINA | — Noriega. |
| LUISA | Srta. Villa. |
| SOLE | — Domínguez. |
| PEQUE | Villariño (Matildita). |
| SEÑOR PEPE | Sr. González (M.). |
| ALEJO | — Campos. |
| JACINTO | — Rodríguez (N.). |
| PRUDENTINO | — Rodríguez (A.). |
| JOSÉ MARÍA | — Moya. |
| EUSEBIO | — Ribas. |
| ISIDORO | — Gutiérrez. |
| GARCÍA PINOCHO | — Torner. |
| GANDULLA | — Gutiérrez. |
| CIRÍACO | — Arbó. |
| EVARISTO | N. N. |

La acción, en Madrid. Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del actor.

NOTA IMPORTANTE. El papel de la PEQUE, donde no sea fácil encontrar una niña que lo desempeñe, puede confiársele a una actriz jovencita, a la que le sea posible caracterizarse de niña.

# ACTO PRIMERO

Ocurre en el gabinete modesto de una casa de artesanos acomodados. Al foro, un balcón. En el lateral derecha, una puerta, y dos en el de la izquierda. En el ángulo izquierdo del foro, una escalera de caracol, por la que se baja al taller de ebanistería del SEÑOR PEPE. Todo el mobiliario, sencillo, pero limpio, adecuado y ordenadísimo. Un reloj en la pared, que da las horas a su tiempo. Es de día.

## ESCENA PRIMERA

CASILDA y SEÑOR PEPE. Al levantarse el telón, aparecen en escena CASILDA, cosiendo a la máquina, junto al balcón, y el SEÑOR PEPE, que, sentado ante un tablero, está dibujando con una regla y un tiralíneas. Cada dos o tres segundos mira con impaciencia el reloj. Al fin dan en él las doce.

SEÑOR PEPE.—*(Se levanta.)* ¡Las doce en punto! *(Guarda los útiles de dibujo.)* No espero más.

CASILDA.—Que pues ir retrasao, Pepe.

SEÑOR PEPE.—¿Me atraso yo alguna vez? *(Señalando el reloj de la pared.)* Las doce en punto. *(Saca un reloj del bolsillo inferior izquierdo del chaleco.)* Las doce en punto. *(Otro del bolsillo inferior derecho.)* Las doce en punto. *(Otro del bolsillo superior derecho.)* Las doce en punto. *(Otro del superior izquierdo.)* Las doce en punto. ¡Me parece que voy controlao!

CASILDA.—Sí, claro, pero, vamos, por muy controlao que vayas, yo creo que en una cita, por esperar un minuto...

SEÑOR PEPE.—*(Rotundamente.)* Ni medio. *(Mientras habla se cambia el blusón de trabajo por una americana y coge el sombrero y el bastón.)*

CASILDA.—Puede haberle pasao algo.

SEÑOR PEPE.—Lo sentiría.

CASILDA.—Un atropello de esos de acera, que ahora están de moda...

SEÑOR PEPE.—Lamentabilísimo.

CASILDA.—¡Pero siquiera dos minutos, hombre!

SEÑOR PEPE.—Nada. «Ti tames, ti mones.» Y naa más.

CASILDA.—¿Y qué es eso?

SEÑOR PEPE.—El tiempo es oro, que dicen los ingleses.

CASILDA.—Pero, digan los ingleses lo que quieran, en un asunto que te interesa a ti, el oro pue ser esperar.

SEÑOR PEPE.—Pa mí, no. A costa de la puntualidá, ni la gloria. A mí me dicen a las doce en punto, y en punto tie que ser.

CASILDA.—Pero, Pepe, esa exageración...

SEÑOR PEPE.—Nada. Parece que me conoces de ayer. Cuando venga Isidoro, le señalas el reló, le dices que me he ausentao, y que deduzca.

CASILDA.—Pero hombre, irte naa más que por no esperarle, no teniendo que salir como no tienes, me parece a mí que...

SEÑOR PEPE.—Concluso. *(Se pone el sombrero y coge el bastón.)*

CASILDA.—Anda con Dios, hombre.

SEÑOR PEPE.—Y si te acuerdas, recálcale lo de «ti tames, ti mones».

CASILDA.—¡Eso, como no me lo dejes en un papel!...

SEÑOR PEPE.—Hasta las doce y diecisiete. *(Vase por la derecha.)*

CASILDA.—En punto, digo adiós... ¡Que es que ya no sabe una ni lo que dice, ni lo que...!

## ESCENA II

CASILDA y NIEVES, por la izquierda.

NIEVES.—*(Saliendo.)* ¡Pero este padre, cómo es!

CASILDA.—Como Dios lo ha hecho, hija.

NIEVES.—Por lo visto controlao. ¡Mia que vivir con cuatro relojes!...

CASILDA.—¡Y conómetros!... Porque los otros, siquiera alguna vez, se atrasan.

NIEVES.—Es de los poquitos casos que se verán.

CASILDA.—Si tu padre hubiera sido un noble de aquellos de los tiempos antiguos, ya sé yo lo que hubiese tenido en el escudo: un longines y una regleta.

NIEVES.—Pero si me ha dicho a mí que cuando va por la calle fumando puro, los días de sol, según el botón en que le dé la sombra del cigarro, sabe la hora que es.

CASILDA.—¡Naa, que quie ser tan exacto pa sus cosas, que le gustaría ser reló! ¡Estoy segura! De bueno y honrao, ¿qué le vas a pedir?... ¡Pero en eso de la puntualidá...! ¡Ay Jesús!... ¡Claro que no hay quien no tenga algún defecto!

NIEVES.—Pero ¿cómo ha podido usté aguantar esa puntualidá tantos años, madre?

CASILDA.—¡Qué sé yo, hija; que a todo se hace una! Con decirte que, cuando te tuve a ti, al día siguiente de cumplir los nueve meses, me empezó a mirar con impaciencia, y me dijo: «¡Oye, Casilda: que esto no es formalidá!» «Pero qué quieres que yo le haga?» «A ver ese comadrón, porque vamos...» Y así estuvimos peleando, hasta que a los quince días empezó a insinuar la sospecha de que una cosa que tardaba tanto no podía ser suya. ¡Vamos, yo creo que di a luz del disgusto!...

NIEVES.—Era pa ello. ¡Pero qué me va usté a decir a mí! Si se va toos los días al bar de al lao a tomar las once, y en cuanto se pasa un minuto,

se viene sin tomarlas, y me dice: «No he llegao a tiempo.»

CASILDA.—Pues siempre ha sido lo mismo: de joven, de viejo, de novio, de marido... Toos los días, las mismas cosas, reló en mano. ¿Tú te crees que a mí me ha dao un beso fuera de hora?

NIEVES.—Pero ¿aunque tuvieran ustés una ocasión?...

CASILDA.—De novios, toos los días me daba un beso al despedirse; pues en cuanto teníamos una ocasión, miraba el reló y decía: «Faltan cinco minutos»; y me reventaba, porque antes de los cinco minutos llegaba tu agüela casi siempre.

NIEVES.—¡Miste que sacar el conómetro hasta pa eso! *(Llaman al timbre de la puerta.)* Han llamao. ¿Será el señor Isidoro? *(Vase a abrir.)*

CASILDA.—¿El citao? Puede. ¡Pues vendrá bueno, porque éste es otro puntual!

NIEVES.—*(Entrando.)* ¡El es!

## ESCENA III

DICHAS e ISIDORO, por la derecha.

ISIDORO.—*(Que viene fatigadísimo, jadeante, limpiándose el sudor.)* ¿Lle..., lle..., llego a tiempo?

CASILDA.—Pase usté, señor Isidoro.

ISIDORO.—No puedo. Vengo con la lengua fue..., fuera, y una fa..., fa..., fatiga que me ahogo.

NIEVES.—¡Siéntese usté, por Dios!

ISIDORO.—Un popo..., un popo coco de agua. ¿Llego a tiempo?

CASILDA.—*(Le da el agua.)* Beba, beba y cálmese.

ISIDORO.—¿Lo coco..., lo cocojo en casa?... *(Bebe.)*

CASILDA.—Ya se ha marchao.

ISIDORO.—¡Re..., rediez!... *(Las espurrea.)*

NIEVES.—¡Jesús!

CASILDA.—¡No espurree usté que nosotras no tenemos la culpa!

ISIDORO.—¡Maldita sea!... Así rerre..., rerreviente la... Claclaro, ahora irá diciendo por todos laos que yo...

CASILDA.—¡Deje usté!

ISIDORO.—¡Pepe..., pero, hombre, no esperarme por un minuto, seis segundos y un quin..., quin..., y un quinquinto!...

CASILDA.—Verá usté; él ha oído dar las doce, y se ha marchao.

ISIDORO.—¡Pepe..., pepero las doce de qué meridiano!

CASILDA.—No sé. Del de aquí del gabinete, digo yo que será.

ISIDORO.—*(Mirando el reloj.)* ¡Pero, cacaray, porque esa porquequería de reló...!

NIEVES.—¿Cómo porquería?...

ISIDORO.—No es pa..., pa... papa una cita. Hay que ir con el meridiano de «Greanwchs».

NIEVES.—¡Jesús!

ISIDORO.—No he estarnudao.

NIEVES.—Lo digo por la palabrita.

CASILDA.—Además, ya le conoce usté a él.

ISIDORO.—¡Pues, pues por eso que le conozco he venido como un rarrayo y he tomao un «taxis»! ¡Pero me han cogido tres discos, que me han hecho perder dos minutos, nueve segundos y tres quinquintos; pero, como luego he ganao un minuto, seis segundos y dos quinquintos, al llegar aqui el retraso consistía solamente en un minuto, tres sesegundos y un quinquinto, na..., na..., na... na más!...

CASILDA.—¡Caramba, pues no sabe usté cuá..., cuá..., digo, cuánto sentimos la caminata, y que haya usté tenido que sacar tanto popoblema!

ISIDORO.—Sí, señora; pero cuando se blasona de puntualidá, hay que hacer lo que yo, que me ajusto a los meridianos. De lo contrario, otro día que nos citemos...

CASILDA.—Otro día que se citen ustedes, venga usté media hora antes, y se sienta usté en el portal, y verá usté cómo le coge en casa, sin meridiano y sin nada.

ISIDORO.—¡Pero es que dos segundos y tres quinquintos...!

NIEVES.—Pa citarse con mi padre, nada de segundos; tie usté que venir el primero; si no, no le ve usté el pelo.

ISIDORO.—Ya, ya, pepero, vamos...

CASILDA.—Y si quiere usté dejarle álgún recao...

ISIDORO.—Pues sí, señora... Hágame usté el favor de decirle, que venía a decirle, que no hacía falta que me esperase.

NIEVES.—¿Y pa eso tanto quin..., quinquinto y una congestión celebral?

ISIDORO.—Y que siento mumucho no haber llellegao a tiempo.

CASILDA.—El también lo sesentirá. ¡Caramba, que me se ha pegao el tartamudeo!...

ISIDORO.—Y ofrézcale usté mi re..., mi re...

CASILDA.—¿Sus re..., recuerdos?

ISIDORO.—Mi reló; porque esos que llelleva él, son cuatro patatas... ¡Con..., con..., con Dios! *(Vase por la puerta derecha.)*

NIEVES.—Usté lo papa..., papa... Bueno, si no se va, acabamos por tartamudear todos.

## ESCENA IV

CASILDA, NIEVES y SEÑOR PEPE.

SEÑOR PEPE.—*(Al irse Isidoro, aparece por la escalera de caracol, riendo sarcásticamente.)* ¡Ja, ja!... ¡Sí, sí, patatas! ¡Ese es un farsante, que lleva el reló pa disculpar su falta de puntualidá; pero conmigo no le vale! Yo ando con cuatro relojes pa auxiliarme; pero no los necesito, porque llevo la puntualidá dentro de mi vida. Le he oído, y no he querido subir del taller. A mí se me dice a las doce en punto, y en punto tien que ser. ¡Canastas! ¡Parece que no me conocen! Me había de haber traído la felicidá de mi familia, y no salgo

por ella un minuto más tarde de lo convenido. *(Vase por la primera izquierda.)*

CASILDA.—*(A Nieves.)* ¿Estás oyendo?

NIEVES.—Ya, ya.

CASILDA.—Pero, Dios mío, ¿qué te he hecho yo para que me hayas dao un hombre tan puntual, que mira el reló, no pa ver la hora que es, sino la que no es?

NIEVES.—¡Hoy está como aquel día que le dió un trastazo al reló de cuco, porque el animalito se le atrancó la ventana y no pudo salir a tiempo!

CASILDA.—¡Calla, que sale!

SEÑOR PEPE.—*(Vuelve a salir.)* Oye, Casilda, porque quisiera orientarme: ¿tú sabes pa qué me ha citao a las doce y media en punto el trasto de tu hermano?...

CASILDA.—*(Sorprendida.)* ¿Mi hermano?... No sé. *(Nieves se retira temerosa.)*

SEÑOR PEPE.—¿De veras que no?

CASILDA.—Palabra que no tengo noticia de semejante cosa. ¿Que te ha citao Alejo?

SEÑOR PEPE.—Aquí tengo la esquelita. *(La lee.)* «Cerido cuñao: Te agradeceria, con hache, que me esperes, con equis, pa hablarte, todo junto, menos la hache, ecétera...» Y toos los renglones torcidos, las eses las ha hecho mayúsculas; manchas de vino en el papel, tufo de aguardiente...

CASILDA.—Sí, que se ve que no lo ha escrito en el Ateneo, vamos...

SEÑOR PEPE.—Ni mucho menos. Con hombres que se les ve la borrachera hasta en las cartas, ni a la gloria. *(Vase por la primera izquierda.)*

## ESCENA V

CASILDA y NIEVES; luego, JACINTO, que viene del taller.

CASILDA.—¿Que mi hermano lo ha citao? *(Escamada.)* Oye, pero ¿tú sabes pa qué, niña?

NIEVES.—*(Negando con timidez.)* No, madre, yo...

CASILDA.—Sí, tú lo sabes, te se conoce en la cara que lo sabes.

NIEVES.—Le digo a usté...

CASILDA.—No lo niegues. Esto es una cosa de Jacinto y tuya. Vosotros tramáis algo a espaldas mías; confiésalo.

NIEVES.—Le juro a usté...

JACINTO.—*(Se asoma por la escalera de caracol, con su cara pícara y alegre.)* ¡No jures, guapa, que ahora se promete, naa más!

CASILDA.—¿Tú?... Me alegro. Sube, sube. Y por Dios, Jacinto, explicarme qué es esto, porque estoy con el alma en un hilo...

JACINTO.—*(Subiendo.)* Pues nada, tía; esto es una cosa que la mitá ya la sabe usté, y la otra mitá se la vamos a decir, pero que corriendito.

CASILDA.—La mitá que yo sé, ya la sé; que ésa y tú os queréis a rabiar, ¿no es eso?

NIEVES.—*(Sonriendo.)* ¡A rabiar, precisamente!...

JACINTO.—Bueno; algo como pa morderse, sí es.

CASILDA.—*(Dándole un manotazo.)* Con respeto, niño...

NIEVES.—¡Pero en fin, madre, que nos queremos!... ¡Ya sabe usté cómo!

JACINTO.—Como que aspiramos, el día que nos casemos, a no tener en casa más que una silla, pa no separarnos ni sentaos, ¿verdá, chata?

NIEVES.—¡Calcaíto!

CASILDA.—Bueno, bueno; basta de coba y vamos a la mitá que no sé, que es la que me tiene en vilo. ¿Qué pasa?

NIEVES.—Pues ya se lo figurará usté. Que queriéndonos de esta forma...

JACINTO.—Pues que queremos casarnos cuanti más antes.

CASILDA.—¡Jesús!... Pero ¿a qué esa impaciencia?

NIEVES.—*(Algo ruborosa.)* Si no es impaciencia...

CASILDA.—¿Que no?...

JACINTO.—*(Fingiendo igual rubor.)* Son ganas.

CASILDA.—Pero ¿vosotros estáis locos?

JACINTO.—¡De cariño!

CASILDA.—Y de necedá. ¡Porque no quiero pensar, el día que tu padre se entere!...

NIEVES.—Pues algún día se tie que enterar, de modo que...

CASILDA.—Sí, pero dejar correr el tiempo, y ya veremos.

JACINTO.—No, tía; que el tiempo lo deja usté correr, y corre; y corre y no vuelve, porque es un pillo que siempre va huyendo del daño que hace; y los días que perdamos de felicidá por si a éste no le gusta o el otro se va a enfadar, perdidos estarán. Así que nosotros hemos pensao, puesto que usté no se iba a atrever, que venga mi padre...

CASILDA.—*(Aterrada.)* ¡Jesús!

JACINTO.—Le hable al tío Pepe, y sepamos a qué atenernos.

CASILDA.—¿A qué ateneros?... Yo ya lo sé. Pues nada, que en cuanto aparezca aquí mi hermano, que es el polo opuesto suyo, de informal y de trasto, y le diga que tú y la Nieves os queréis casar, se arma en esta casa la de Dios es Cristo!

NIEVES.—*(Con energía.)* ¡Ah, pues que se arme, porque las rarezas de mi padre no me quitan a mí la felicidá!

CASILDA.—¡Pero comprende...!

NIEVES.—Soy hija suya, a Dios gracias, y si él dice una cosa a los demás y la cumple, yo me la he dicho a mí misma, y no dejo de cumplirla: que soy pa éste, contra el mundo entero. ¿Mi padre formal?... Yo más. De tal palo, tal astilla. No pue quejarse.

CASILDA.—*(Dolorida.)* ¡Si estoy en ello!... ¡Pero entre palos y astillas, me estás haciendo entre todos la cruz pa crucificarme!...

NIEVES.—¡No diga usté eso, madre!

CASILDA.—¡No lo voy a decir! Tu hermano se empeñó en casarse con una mujer a disgusto de tu padre, por si había sido así o asao, y tuvo que salir de esta casa pa no pisarla más... ¡Me quedé sin hijo! Ahora, tú quies hacer una cosa parecida... ¿Cómo voy a conformarme?... ¡Pensarlo, por Dios!...

JACINTO.—Pero ¿tan despreciable soy yo, que cree usté que mi tío...?

CASILDA.—Yo no digo que lo seas; pero tu tío es la rect tú andando, y tu padre y tú..., siento decirlo, en cuestión de formalidá no tenéis la h ja muy limpia..., ¡porque más tarambanas! Que, siendo dos buenos ebanistas de su taller, os tuvo que echar, porque no cumplíais. Acuérdate.

JACINTO.—Que hemos sido dos desgraciaos, que hemos vivido sin una mujer que nos pusiera en orden... ¡Porque mi madre (ya lo sabe usté), ni la conocí!... ¡Y no íbamos a morirnos! Yo, joven y otimista, y mi padre, aburrido y con una taberna al lao..., ¡pues viva la vida! ¡Pero ésta *(Por Nieves.)* me ha parao, y a la presente soy de una formalidá, que, aunque ella no lo confiese, le he batido todos los «recores» y ahora la gano a todo!

NIEVES.—¡A qué me vas a ganar tú a mí, tontuco!...

JACINTO. — *(Desentendiéndose involuntariamente de la presencia de la madre.)* ¡A todo!

NIEVES.—¡A cariño, no!

JACINTO.—¡A eso te doy veinticinco pa cincuenta!

NIEVES.—Y pierdes.

JACINTO.—¡La chaveta por ti, golosina! *(La abraza.)*

CASILDA.—¡Eh, eh..., que estoy yo delante!

JACINTO.—*(Sonriendo.)* Pues córrase un poquito.

CASILDA.—¡Amos, baboso! ¡Paece mentira que tengas humor, estando a dos dedos de un disgusto que...!

JACINTO.—*(Alegre.)* ¡No se apure usté, tía, que no pasa nada! Que mi padre, con dos copas en el cuerpo hace milagros, y convencerá al tío Pepe, y me saldré con la mia..., ¡qué es esta visión!... ¡Porque, vaya, sépalo usté: es que tengo pelusa de que, siendo usté tan rebuena y tan reguapa, sea usté madre de ésta, y no lo sea de un servidor. *(La abraza.)*

CASILDA.—¡Quita, quita, cobista!... Porque, vamos, tú, todavía... Pero en cuanto mi marido se vea delante a tu padre..., ¡a tu padre!..., que

no hay por donde cogerlo, de informal, de desastrao, de borracho, de frescales, pidiéndole la mano de su hija... ¡A él, que le llaman Pepe el «Tiralíneas» por lo formal y lo recto!... Bueno; hay tiros. Ya lo verás.

JACINTO.—*(Atendiendo a un rumor.)* ¡Calle usté, que oigo a mi padre abajo!

NIEVES.—¡Pues ha venido con puntualidad, ya ve usté!

CASILDA.—Sin querer habrá sido... ¡Y Dios quiera que venga medio presentable!... Que no lo creo.

## ESCENA VI

DICHOS y ALEJO, que viene por la escalera.

ALEJO.—*(Desde abajo, con voz de borracho.)* ¿Se pu..., se puede?

CASILDA.—*(Mirando.)* ¡Madre, cómo viene!

ALEJO.—¿Se puede?

CASILDA.—Tú verás.

JACINTO.—Suba usté, padre.

ALEJO.—*(Que asoma la cabeza, luchando por agarrarse a los hierros.)* De «motur porprio» no me es posible.

NIEVES.—¿Qué le pasa?

ALEJO.—*(Haciendo otro esfuerzo.)* Nada, que entre lo emocionao que viene uno y cinco vueltas que tie el caracolito éste..., pues que no doy con los cuernos.

JACINTO.—*(Ayudándole.)* ¡Vamos..., arriba!

ALEJO.—¡Ajajá!... ¿Quién inventaría los caracoles, hombre?...

CASILDA.—¡Cómo vienes, Alejo!

ALEJO.—Un poco vacilante, pero más formal que la jura de la bandera. Palabra. *(Se sienta y tambalea la silla.)* Con permiso.

CASILDA.—Con cuidao. Que te matas.

ALEJO.—Hay aplomo.

JACINTO.—¡Pero, padre, no habíamos quedao en que dos naa más!

ALEJO.—¡Chis!... No extrañaros; es que hemos tenido sesión en la UVA.

CASILDA.—¿Qué es eso?

ALEJO.—Una sociedá que se apoda Unión Vinícola Amistosa, creada para la defensa y consumo de los caldos nacionales. Caldos, en sentido figurao.

CASILDA.—Pero ¿no le habías prometido a tu hijo...?

ALEJO.—Es que yo, si no cobro ánimos con unas limpias de Chinchón, no me careo con tu marido. Es un tío que me paniquiza.

CASILDA.—Bueno, bueno; serénate.

ALEJO.—Ya te habrán dicho éstos...

CASILDA.—Ya me han dicho...

ALEJO.—¡Se quien casar! ¡Yo lo disculpo, porque son primos!...

CASILDA.—Y yo.

ALEJO.—Y me han dicho que venga y le pida a tu marido la mano de ésta. A mí me se hace poco. Porque, ¿qué hacen con una mano na más?... Pero, en fin, ellos verán. Le he citao a Pepe a las doce y media en punto...

CASILDA.—Ya, ya.

ALEJO.—Y como sé lo pulcro que es, vengo anticipao y preparao, como oservarás.

CASILDA.—Preparao, ¿con esas trazas?...

ALEJO.—¿Qué trazas? Pero ¿es que me falta detalle? Traigo pañuelo de las narices, traigo narices, me he puesto calcetines... ¡Tres!... Uno lo llevo en el bolsillo de repuesto.

CASILDA.—¡Pero no son iguales!

ALEJO.—Mujer, como los he cogido al tun tun, no iba a dar esa casualidá.

NIEVES.—Y lleva usté la gorra torcida.

ALEJO.—Que soy singorrista y estoy desentrenao... ¿Dónde me cae la visera?

CASILDA.—Y fíjate qué de manchas, ¡so sucio!

ALEJO.—Por éstas no regañarme, que son las del mes pasao.

NIEVES.—¿Y dónde lleva usté la corbata?

ALEJO.—En la cintura.

CASILDA.—¡Póntela en el cuello, hombre!

ALEJO.—Ya sé que es más elegante; ahora que si me se caen los pantalones, vosotros seréis los responsables.

JACINTO.—¡Y le faltan a usté dos botones en el chaleco!

ALEJO.—¡Chis!... *(Bajito.)* Se los he prestao a un amigo, que le hacían más falta que a mí, porque eran pa... *(Al oído.)*

JACINTO.—No diga usté más.

CASILDA.—*(Que le ha hecho el nudo de la corbata.)* Bueno; ya estás más presentable. Pero abróchate, estírate.

NIEVES.—Sacúdase los zapatos..., sáquese los puños.

ALEJO.—*(Extrañado.)* ¿De dónde?

CASILDA.—Y a ver qué haces, ¡y a ver qué dices!

ALEJO.—Bueno; no volverme loco, ¡caray! ¡Este pulcritú vuestra no es pa mí! ¡Toos los botones abrochaos, los tacones a su nivel!... ¡Yo os compadezco!... Prefiero lo nuestro.

CASILDA.—No barbarices, Alejo.

ALEJO.—¡Que te diga éste lo que nos divertimos en casa con la informalidá! ¡Como no tenemos «radio»!... ¡El otro día me gastó una broma!...

NIEVES.—¿Qué broma?

ALEJO.—¡Pues que fuí a dormir por la noche y me había escondido la cama!

NIEVES.—¿Dónde?

ALEJO.—En casa de una viuda pensionista que vive en el tercero. Y tuve que pasar allí la noche *(Rien todos.)*

CASILDA.—No chillar, hombre, no os oiga Pepe.

ALEJO.—*(Sigue riendo, pero en tono bajo.)* Y atiende... Cuando me levanté, un sobrino muy sinvergüenza que tiene me había empeñao el traje, ¡y tuve que pasarme allí tres días en calzoncillos, oyendo el gramófono!

JACINTO.—Era pa verlo. ¡Yo me esgarré!

ALEJO.—¡Lo que nos reímos!

NIEVES.—Pero ¿y la viuda?

ALEJO.—Veraneando. ¡Si está allí se tronza!... ¡Ja, ja, ja!...

CASILDA.—¡Parece mentira que tengáis tan poca sustancia! ¡Cómo es posible que tú y mi marido...! ¡Dios me ha puesto a mí entre los extremos! Malos caminos son los extremos; pero, en fin, dejar de reíros, y piensa, si puedes, Alejo, que hoy se juega aquí la tranquilidá de esta casa. *(Dejan todos de reír.)* Que yo también voy embarcada en la aventura, y que si naufragamos, naufragamos todos. Mira lo que haces.

ALEJO.—*(Muy serio.)* ¡Mujer, yo!...

JACINTO.—¡Por Dios, padre!

ALEJO.—A mí no me digas naa. Por vuestra felicidá, me voy a poner más serio que una corbata negra.

CASILDA.—Pues ha llegao el momento, porque sale Pepe.

ALEJO.—*(Asustado.)* ¡Mi agüela! *(Se atusa, se arregla.)*

NIEVES.—¡Por Dios, tío!

JACINTO.—¡Cuidao, padre!

CASILDA.—¡Alejo!...

ALEJO.—¡Que sí, padre!... ¡Estar tranquilos!... ¡Me hago con él! *(Vanse por la derecha Casilda, Pepe y Nieves.)* ¡Bueno; a mí este tío es que me sobrecoge. Le veo en el taller con ese tipo largo que tiene y esa cara ceñuda, mirando sus cuatro relojes, con las gafas puestas y la regla y el lápiz en la mano, tirando líneas rectas, y no me parece una persona; me parece una esfingüe dibujanta. *(Atiende con temor.)* ¡El! ¿Cómo se pone la cara seria, que no me acuerdo?... *(Hace varios gestos.)* ¡Ah, sí! *(Pone una cara ridículamente seria.)*

## ESCENA VII

ALEJO y SEÑOR PEPE, por la izquierda.

ALEJO.—Santos o laicos... A escoger.

SEÑOR PEPE.—*(Le mira sorprendido.)* ¿Tú?

ALEJO.—Estábamos citaos a las doce y media.

SEÑOR PEPE.—*(Le señala el reloj.)* No son.

ALEJO.—Ya veo que no son; pero como sé lo que te gusta la puntualidá, te he osequiao con dos minutos de anticipo.

SEÑOR PEPE.—*(Severamente.)* La puntualidá no tiene anticipos. No son. Conque... *(Acción de que se marche.)*

ALEJO.—*(Vacilando.)* Bueno; puedo salirme al balcón, si quieres, y cuando den entraré. Porque no me va a dar tiempo pa otra cosa.

SEÑOR PEPE.—¿No tienes reló?

ALEJO.—Sí. *(Saca una papeleta doblada y se la enseña.)*

SEÑOR PEPE.—*(Que no se ha fijado.)* Pues sácalo.

ALEJO.—A primeros de mes.

SEÑOR PEPE.—*(Que entonces observa.)* ¡Sinvergüenza!

ALEJO.—Pa servirte. *(Se guarda la papeleta y se va al balcón muy serio.)*

SEÑOR PEPE.—¡Usebio!... *(Llamando por la escalera.)*

EUSEBIO.—*(Oficial de ebanista, subiendo por la escalera.)* Mande usté.

SEÑOR PEPE.—A las cinco en punto, acabáis la librería. A las cinco y cuarto la lleváis; media hora justa pa colocarla. A las seis menos cuarto, salís. A las seis en punto, aquí.

EUSEBIO.—Pero si nos retrasáramos porque...

SEÑOR PEPE.—A las seis en punto aquí. Naa más.

EUSEBIO.—Pero decía yo que si...

SEÑOR PEPE.—Concluso. *(Vase el oficial. El señor*

*Pepe mira a Alejo, que está en el balcón haciendo visajes y riendo con una vecina.)* ¿Qué querrá ese golfo? Mi mujer too el día quitando hierro a la puntualidá y a la reztitú, y este sinvergüenza aquí. ¡Alerta, Pepe! *(Da la media en el reloj. A Alejo, en voz alta.)* La media.

ALEJO.—*(Contesta, obsesionado y alegre.)* Pues la media de esas calaitas de moda, que te digo que... *(Volviendo a la realidad y poniéndose serio.)* Digo, voy... *(Entra muy formal.)* ¿Se puede?

SEÑOR PEPE.—Adelante.

ALEJO.—*(Le da la mano.)* Tanto tiempo sin verte.

SEÑOR PEPE.—Mucho.

ALEJO.—¿Y qué tal por aquí?

SEÑOR PEPE.—Bien; ¿y tú?

ALEJO.—Yo bueno. ¿La Casilda buena?

SEÑOR PEPE.—Buena. ¿Tu chico bueno?

ALEJO.—Bueno. ¿Tu chica buena?

SEÑOR PEPE.—Buena.

ALEJO.—Yo bueno.

SEÑOR PEPE.—Bueno. Siéntate y expón.

ALEJO.—Bueno; pues nada, Pepe; que la cosa, ¿sabes? Vamos, quiero decir que el ojepto de mi visita... ¿Se dice ojepto?

SEÑOR PEPE.—No.

ALEJO.—Bueno; pues, vamos, el..., el..., como se diga, ¿sabes? *(Aparte.)* Hoy tiene una cara que le quita la jovialidá al tubo de la risa. *(Alto.)* ¿Fumas? *(Le alarga la petaca.)*

SEÑOR PEPE.—Yo, sí.

ALEJO.—Pues saca tabaco, porque te alargaba la petaca pa que vieses que yo no tengo.

SEÑOR PEPE.—Yo, sí.

ALEJO.—Me alegro. *(El Señor Pepe saca su petaca, y de ella extrae un solo pitillo, que se lleva a la boca. Al ver que no le da.)* A mí me han prohibido fumar, pero no hago caso.

SEÑOR PEPE.—Pues hay que hacerlo. *(Cierra la petaca y se la guarda.)* Expón.

ALEJO.—No te doy una cerilla, porque no tengo.

SEÑOR PEPE.—Yo, sí. *(Saca y enciende.)*

ALEJO.—¿Te molesta el humo?

SEÑOR PEPE.—A mí, no.

ALEJO.—Lo digo pa esparcírtelo. *(Le da manotazos al humo.)*

SEÑOR PEPE.—No te preocupes.

ALEJO.—Pues nada, Pepe; que el motivo de mi «tete a tete»... ¿Entiendes el francés?

SEÑOR PEPE.—Entiendo todo lo que me conviene. Expón.

ALEJO.—Pues venía a decirte, querido Pepe, que yo aplaudo tu formalidá, tu puntualidá y tu reztitú, aunque no las practique por mi estao de salú. Lo cual me autoriza pa añadirte, que hay ocasiones en la vida en que, por el bien de los que nos rodean, hijos, padres, hermanos, sobrinos... (y esto, aunque lleva ese camino, no lo tomes como una esquela) debemos de transigir y hacer la vista gorda, si a mano viene, en eso de la formalidá.

SEÑOR PEPE.—*(Dando con indignación un golpe en la mesa que hace brincar a Alejo de la silla.)* ¡Yo, no!

ALEJO.—*(Aparte.)* ¡Mi madre! ¡Qué susto!

SEÑOR PEPE.—*(Otro golpe.)* ¡Proponerme a mí eso es ofenderme, Alejo!

ALEJO.—¡Hombre, yo lo decía por...!

SEÑOR PEPE.—*(Otro golpe.)* Yo no transijo en cosas de seriedá. *(Golpe.)* ¡Nunca! *(Golpe.)*

ALEJO.—¡Caray, Pepe! ¡No creo que haya dicho yo nada pa esta traca!

SEÑOR PEPE.—Y ya sabes tú que pa mí, la reztitú es lo primero. *(Golpe.)*

ALEJO.—Santo y muy bueno, señor; pero sin tiros.

SEÑOR PEPE.—Y en contraposición a mis ideales de toda la vida, no molestarse en suplicarme ni en rogarme, porque no cedo.

ALEJO.—Muy en su punto; pero yo lo decía...

SEÑOR PEPE.—No sé lo que quieres de mí, pero por si acaso, óyelo bien, Alejo: mi vida está hecha de líneas reztas.

ALEJO.—No hay más que verte. ¡Bostezas en triángulo!

SEÑOR PEPE.—Yo, palabra que doy, o la cumplo o reviento.

ALEJO.—Yo, o la cumplo o no la cumplo; pero a reventar no me he atrevido nunca.

SEÑOR PEPE.—Resolución que tomo, resolución que sostengo hasta morir.

ALEJO.—Es que cuando uno se va a morir, ya no está pa sostener nada...

SEÑOR PEPE.—Yo, sí.

ALEJO.—Que sea enhorabuena.

SEÑOR PEPE.—Y es tal mi seriedá, que lo que ofrezco lo cumplo siempre. Cuando cito no falto nunca. Lo que niego es hasta la muerte. Pa mí, en el trato con mis semejantes, no hay recodos, ni atajos, ni travesías, que cuasi siempre son informalidades, excusas y traiciones. La vida, pa el hombre serio como yo, es una rezta, una rezta, desde que nace hasta la tumba, seguida, seguida..., y naa más.

ALEJO.—Bueno, Pepe; me llevas a un terreno funerario y reztilíneo al que no estoy habituao.

SEÑOR PEPE.—Ya sé que tú no entiendes una palabra de estas cosas.

ALEJO.—Pero no entiendo porque...

SEÑOR PEPE.—Porque no has tenido ni chispa de formalidá en toa tu vida.

ALEJO.—¡Pero no la tengo porque no quiero, vaya! *(Da un golpe.)* ¡Y perdona la detonación!

SEÑOR PEPE.—¡Porque no puedes!

ALEJO.—¡Porque no quiero! ¡Que la dan de balde!... Que ya estoy yo empachao de reztitú, ¡qué demonio! ¡Porque ococarse en eso de las reztas es llevarle la contraria a Dios! Pa que te lo taquigrafíes.

SEÑOR PEPE.—¿Quién lo ha dicho?

ALEJO.—¡Yo! Y El, en todas sus obras.

SEÑOR PEPE.—¿Estás loco?

ALEJO.—¿Loco? ¿Qué es lo más hermoso que ha hecho Dios? ¡Las mujeres!... ¡Pues a ver si no están hechas de curvas! Contrarréstame.

SEÑOR PEPE.—Pero eso...

ALEJO.—Otra cosa buena: el dinero. ¿Cómo es el dinero? Redondo.

SEÑOR PEPE.—Los billetes de mil pesetas, no.

ALEJO.—Pero te los tien que cambiar; porque si no, no los disfrutas. Otra cosa buena: el vino. Pues se guarda en cosas redondas: barriles, botellas, y cuando te lo bebes, todo te da vueltas, y a eso la gente le llama alegrarse. Le cae a uno la lotería, y too el mundo dice: «Se ha redondeao.» Inventa el hombre una cosa para su recreo, y le llama círculo. Sales a dar un paseo, y dices: «Me voy a dar una vuelta.» Nadie dice: «Me voy a hacer una rezta.» Al que sale jovial le dice too el mundo: «Es más alegre que una pandereta, o que unas castañuelas», cosa redonda. Nadie dice: «Es más alegre que un clarinete, ni que una flauta.» Contrarréstame.

SEÑOR PEPE.—Pero a la mentira le llaman bola.

ALEJO.—Pero ties que sacarle punta pa hacerla dañina. *(Aparte.)* No me coge en una. *(Alto.)* En cambio, cuando quies hacerle daño a uno, dices: «Me fuí a él más derecho que una bala.» O cuando quies molestar a alguien: «Le voy a hacer andar más derecho que un huso.» De modo que pa ti las reztas. Que si la vida fuera una rezta, como tú dices, seguida, seguida, seguida, y desde la cuna estuviera yo viendo mi tumba, sin el consuelo de esas curvas que nos la disimulan de cuando en cuando, preferiría pegarme un tiro, que es la rezta más definitiva que conozco, en esta cabeza, que es la pelota más alegre que bulle en el planeta. Contrarréstame.

SEÑOR PEPE.—¡Pues no te he de contrarrestar, so idiota! Y con otra obra de Dios. ¿Qué es el sol?

ALEJO.—¡Otra cosa redonda!

SEÑOR PEPE.—Pero ¿hay algo más exacto y más puntual?

ALEJO.—¡Qué va a ser puntual, hombre, si ca día sale un minuto antes o un minuto después, pa no parecerse a vosotros!

SEÑOR PEPE.—Pero sale toos los días, sin faltar uno, y reparte por igual su luz.

ALEJO.—¡Menos cuando se nubla, que no reparte naa! Contrarréstame.

SEÑOR PEPE.—Bueno, bueno; déjame de tontu-

nas y chirigotas de taberna, que no son pa mi seriedá, y vamos al grano.

ALEJO.—¿Ves? Hasta pa resumir te has tenio que agarrar a una cosa redonda.

SEÑOR PEPE.—Bien. ¿Objeto de tu visita? *(Pausa.)*

ALEJO.—Pues nada, chico, que... *(Aparte.)* Ahora me escalabra. *(Alto.)* Nada, que, cosas de la vida, chico... Pues que tu chica y mi chico... *(Pepe se levanta, presintiendo el final, con gesto sombrío.)* ¡Qué contraste hay!...

SEÑOR PEPE.—Que tu chico y mi chica ¿qué? Acaba...

ALEJO.—Pues nada, que... la chica y el chico... ¿Cómo te lo diría yo?... Pues que se quieren, vamos... Con perdón sea dicho, porque veo que...

SEÑOR PEPE.—*(Lívido y tembloroso.)* ¿Cómo?... ¿Qué?... ¿Qué dices?...

ALEJO.—*(Asustado.)* No, nada...; que creo que se quieren; y como se les ha ocurrido eso de... de casarse..., ¡y menos mal que ahora hay divorcio!..., pues me han dicho que venga a partici...

SEÑOR PEPE.—*(Dando un puñetazo en la mesa.)* Pero ¿qué disparates está diciendo este idiota?

ALEJO.—Oye, tú: ¡que lo que te digo está desglosao del Evangelio!

SEÑOR PEPE.—¡Vamos, calla! *(Zarandeándole.)* Porque si esa broma no me hiciera reír, ¡era pa estrellarte!... *(Le tira contra una silla.)*

ALEJO.—¿A mí?... ¡Pero, Pepe!

SEÑOR PEPE.—¡Pues claro! *(Ríe.)* ¡Ja, ja, ja! ¡Mi hija, mi hija!, en la que me estoy mirando desde que ha nacido, y que es hechura mía, ¡mía!, por lo rezta y lo formal, ¡casarse con tu hijo!... ¡Con tu hijo, que es un golfo, un desastrao, un borracho, un mujeriego, como tú!... ¡Tu hijo, que ni a su madre ha conocido, porque era una golfa, que le tuviste que separar de ella!... ¡Tu hijo con mi hija!... ¡Vamos, calla, que me matas de risa!... *(Ríe nerviosamente.)* ¡Ja, ja, ja! *(Poniéndose repentinamente trágico.)* Y cuando pienso que se os ha podido ocurrir esa granujada pa sacarme con la Nieves, que es mi tesoro, los cochinos cuartos

que he guardao con mi trabajo, me se enciende la sangre y la ira me sale por los ojos y hablo con una indignación, que las palabras me se hacen pedazos en los labios, más vale, porque no quiero deciros todo lo que os desprecio y todo lo que yo... ¡Maldita sea! ¡Mi hija!... ¡Mi hija pa tu hijo!... Vamos, que ¡ja, ja, ja! *(Acaba en una explosión de risa nerviosa.)*

ALEJO.—*(Dramático, da un golpe en la mesa.)* Pues no te rías, Pepe, que me voy yo a poner serio. Nunca me ha hecho más falta el dinero; pero quisiera tener ahora mismo cien duros pa escupirlos y tirarlos a la calle, pa que vieras lo poco que me importa. Y mi hijo se ha criado sin madre, sí, señor, es verdá; pero yo con mi cariño y con mi alegría le he borrao ese dolor de su vida. Y mi hijo es informal, como yo, y borracho, como yo! ¡sí, señor, lo que quieras!... Pero es bueno, ¡como yo!..., que no le he hecho daño a nadie, ni le he quitao a nadie su bien ni su honra. Que esa formalidá sí la he tenido. Y no he sido puntual; pero cuando ha habido que hacer un favor que corriese prisa, he llegao antes que nadie. Y nunca he sabido a qué hora he hecho el bien; pero lo he hecho, que es lo que hay que hacer. Que yo nunca miro el reló; pero miro el corazón, que también cae a este lao. Y que ni los chicos sean así o asao, ni que tú te rías o llores, ellos se quieren y se unirán, aunque cada uno sea de una manera, que el cariño ya los irá haciendo iguales, que todos queremos ser iguales a los que queremos. Y ahora ríete o llora; ¡pero tu hija y mi hijo se quieren, y serán el uno pa el otro! ¡Y yo no tengo formalida; pero la vida sí la tiene, y ya verás cómo se sale con la suya! ¡Concluso!

SEÑOR PEPE.—*(Desesperado.)* ¡Qué se va a salir! ¡Ni la vida ni tú! ¡Mentira! ¡No pue ser! ¡Y no será mientras yo viva!... *(Llamando a grandes voces.)* ¡Casilda! ¡Casilda!

## ESCENA VIII

DICHOS y CASILDA; luego, NIEVES; después, JACINTO, todos por la derecha.

CASILDA.—¿Qué pasa?

SEÑOR PEPE.—Ven aquí, Casilda. ¿Tú sabes lo que ha venido a decirme este idiota?

CASILDA.—Me lo figuro.

SEÑOR PEPE.—¡Que Jacinto y la chica se quieren! ¡No lo he creído, pero necesito que me digas tú que es mentira! ¡Dímelo, Casilda!

CASILDA.—¡Pero cómo te lo voy a decir, si es verdá!

SEÑOR PEPE.—¡No está borracho este hombre!

ALEJO.—¡Ojalá!

SEÑOR PEPE.—¡Pero si no pue ser!... ¡Mi hija, que es mi vivo retrato!...

ALEJO.—¡Pues estaba apañada!

SEÑOR PEPE.—¡Que es más recta que yo!

ALEJO.—¿Rezta? ¡Tú no te has fijao!

SEÑOR PEPE.—¡Mi hija, que es mi orgullo y mi alegría, porque es mi hechura..., querer a ese golfo!... ¡La ilusión de mi vida acabar de esta forma! ¡No, no puede ser, como yo no esté soñando o el mundo se haya trascordao!

CASILDA.—¡No, Pepe, por Dios!... Es que tú tienes una idea de las cosas, que si no son como tú las piensas, no te parece que puedan ser. Y no se pue tener ese orgullo. Todo en el mundo es posible; lo que queremos y lo que no queremos. Porque, ¿qué hay más natural, que dos chicos que están juntos desde pequeños hayan acabao por enamorarse? Compréndelo.

SEÑOR PEPE.—¡No, no es posible!... ¡Mi hija, no! ¡Me lo había de decir ella misma y no lo creería!

NIEVES.—*(Saliendo.)* Pues sí, padre; ¡es verdad! ¡Le quiero a Jacinto!

SEÑOR PEPE.—¡No, hija; no me digas eso! Estás osesionada, alucinada... Pero ¿cómo vas a querer

tú a un hombre que es peor..., peor que su padre?

ALEJO.—¿Qué?

JACINTO.—*(Que sale.)* ¡Bien haya quien a los suyos parece!

ALEJO.—¡Ole mi niño!

SEÑOR PEPE.—Tú lo has dicho. Por eso, mi hija, que es como yo y piensa como yo, procederá como yo procedería en este caso.

NIEVES.—¡No, señor!

SEÑOR PEPE.—Sí. Tú no pues olvidar que le hemos visto golfeando por el mundo, echao de los talleres, hecho un perdulario.

JACINTO.—Sí, señor; too eso es verdá... Pero too eso, ¿qué es? ¡La loca juventú! Un corazón alegre que nos trae y nos lleva, rodándonos por la vida pa que conozcamos sus males y sus bienes. Pero un día se encuentra uno otro corazón que lo para y lo atrae y lo domina y lo guía. Y uno, que ya conoce lo malo, se para y dice: «A esto, que es lo bueno.» Y se hace un hombre de bien y se recoge y quiere a su mujer con toda su alma. Que se están viendo casos... Mejor que esos hipócritas que...

SEÑOR PEPE.—¡Palabras! ¡Palabras!... Las buenas palabras de todo el que quiere engañar; ¡pero a mí no!

NIEVES.—A usté no hay por qué engañarle, padre. De engañar, me engañaría a mí; y como eso es cosa de su corazón y el mío, ya veremos si nos engañamos o no!

CASILDA.—¡Transige, Pepe!

SEÑOR PEPE.—¿Que transija? ¡Y me lo dices tú!... ¡Tú, que me conoces!

CASILDA.—¡Por eso que te conozco!

SEÑOR PEPE.—¡Tenía que ser yo otro! Sé adónde llevan en la vida la informalidá y la golfería, y no daré mientras viva, ¡oírlo bien, mientras viva!, mi consentimiento para esta boda.

CASILDA.—Es decir, ¿qué sigues con tus intransigencias de siempre?... ¡Que quieres dejarme sin esta hija, como me dejaste sin mi hijo?

SEÑOR PEPE.—Te dejé sin hijo porque no quise

dar mi consentimiento para que se casara con una mujer de mala nota.

CASILDA.—Con una desgraciada, que luego ha sido una mujer ejemplar, una madre santa, que ayuda al marido a buscar pa sus hijos lo que tú les niegas.

SEÑOR PEPE.—Pero ¿tú?... ¿Cómo me hablas tú así?

CASILDA.—¡Porque soy justa, soy mujer y soy madre!

SEÑOR PEPE.—¡Pues ea, no! ¡No transijo!

CASILDA.—¡Pepe!

NIEVES.—¡Padre!

JACINTO.—¡Tío!... *(Suplicante.)*

SEÑOR PEPE.—¡Basta! ¡Callarse todos! *(Pausa.)* Nieves, eres mayor de edad. Si quieres casarte con éste, caminos tienes en la ley. Te casarás con el código en la mano. ¡Con mi consentimiento, no y cien veces no! Y te digo lo que le dije a tu hermano. Si te casas contra mi voluntá, conmigo no cuentes ya para nada.

NIEVES.—¡Pero, padre!

CASILDA.—¿Qué dices, Pepe?

SEÑOR PEPE.—Lo que has oído.

CASILDA.—¿Es tu última palabra?

SEÑOR PEPE.—La última y la primera. Yo no tengo más que una.

CASILDA.—Pues yo, que tengo muchas, porque a las madres no se nos acaban las palabras pa pedirle a Dios el bien de nuestros hijos, los ampararé, los recogeré y lucharé por ellos.

SEÑOR PEPE.—¡Conmigo, no!

CASILDA.—¡Contigo o sin ti!

SEÑOR PEPE.—¿Te pones contra mí?

CASILDA.—¡Y bien que lo siento! ¡Que tú sabes cómo te respeto y te quiero! Pero ya es hora que te lo diga, Pepe... ¡Todos los relojes que quieras, toda la formalidá que quieras, toda la reztitú que quieras, mientras todo eso no me aparte de mis hijos ni del cariño de mis hijos, porque para una madre no hay más formalidá, ni más puntualidá, ni más reztitú, que el amor de los hijos que

ha traído al mundo y que son pedazos de sus entrañas; ¡ya lo sabes! ¡Hala, conmigo; y ya veremos!

SEÑOR PEPE.—¡No tenemos naa que ver! Yo ya lo he visto, ¡y procederé!

CASILDA.—¡Y yo!

SEÑOR PEPE.—¡Piénsalo bien, Casilda!

CASILDA.—¡Está pensao! Vamos. *(Vanse los tres, primera izquierda.)*

ALEJO.—¡Y si ella no pué ampararlos, aquí tienen otro padre!

SEÑOR PEPE.—¡Pero tú, de qué los vas a amparar, si no ties sobre qué caerte muerto!

ALEJO.—¡Pero como lo que no quiero es caerme muerto en ninguna parte, el «sobre qué» me sobra!

SEÑOR PEPE.—¡Sinvergüenza!

ALEJO.—Igualmente. Concluso. *(Vase primera izquierda.)*

SEÑOR PEPE.—¡Vida engañosa y mala! ¡Ni mi hija era como me hacía creer, ni mi mujer como yo pensaba! ¡Dios, lo que me pasa! ¡Y qué hago pa ello, que no sea bueno y honrao? ¡Pues no transijo! ¡Yo, por el camino recto, aunque tenga que andar solo lo poco que ya me quede! ¡No transijo! *(Vase por la izquierda.)*

## ESCENA IX

SEÑÁ RITA, SEVERINA y PRUDENTINO, por la escalera de caracol, por el orden citado; luego, el SEÑOR PEPE, por la derecha. Los primeros son tres tipos flacos, macilentos, desmirriados, de expresión dura, que visten de oscuro. Todo en ellos, ropas, peinado, adorno, es rectilíneo.

SEÑÁ RITA.—*(Que es una señora como se ha descrito, con algo de bigote, y de hablar nervioso y cortado.)* Ave María Purísima. ¿Dais vuestro permiso? ¿Dais vuestro permiso? *(Enfadada.)* ¿Lo dais o lo no dais?

SEVERINA.—¿No lo dan?
SEÑÁ RITA.—No lo dan.
PRUDENTINO.—No estarán.
SEVERINA.—¿Están?
SEÑA RITA.—No están. Subir.
SEVERINA.—*(A Prudentino.)* Sube *(Suben.)*
SEÑÁ RITA.—Pasar.
SEVERINA.—*(Idem.)* Pasa.
SEÑÁ RITA.—Esperar.
SEVERINA.—Espera.
PRUDENTINO.—*(Que ha obedecido como autómata, da dos golpecitos en la mesa.)* ¡Ah de la casa!
SEÑÁ RITA.—A...
PRUDENTINO.—¿Qué?
SEÑÁ RITA.—¿A que no están?
SEVERINA.—Callar, que siento rebullir. *(Atienden.)*
SEÑÁ RITA.—Lo siento yo también.
PRUDENTINO.—Y yo también lo siento.
SEÑÁ RITA.—*(Se acerca primera izquierda.)* ¡Es mi hermano!
SEÑOR PEPE.—*(Saliendo.)* ¡Rita! *(Se dan la mano efusivamente.)*
SEÑÁ RITA.—¡Pepe!
SEVERINA.—¡Tío! *(Idem.)*
SEÑOR PEPE.—¡Severina!
PRUDENTINO.—¡Señor Pepe! *(Idem.)*
SEÑOR PEPE.—¡Prudentino!... *(A Rita.)* ¡Cuánto me alegro verte, Rita! *(La abraza afectado.)*
SEÑÁ RITA.—¡Y yo a ti!
SEVERINA.—¡Y yo a usté!
SEÑOR PEPE.—¡Y yo a ti!
PRUDENTINO.—El mismo regocijo.
SEÑOR PEPE.—Gracias, hijo.
PRUDENTINO.—No hay por qué darlas, ni mucho menos.
SEÑOR PEPE.—*(A su hermana.)* Que no me saluden más.
SEÑA RITA.—Sentaos, y a lo que se os pregunte. *(Se sientan.)*
SEÑOR PEPE.—¡Ay Rita, qué consuelo es para mí que hayas venido! ¡En qué momento me coges!

SEÑÁ RITA.—¡En efecto: algo grave observo en tu cara, Pepe!... ¡Pareces recién afeztado!

SEÑOR PEPE.—¡Me pillas en el disgusto más grande de mi vida!

SEÑÁ RITA.—¡Jesús! *(Aparte, a los chicos.)* ¿Os parece que me afezte yo también?

SEVERINA.—¡Aféztese usted!

PRUDENTINO.—No le vendrá mal.

SEÑOR PEPE.—¡Qué disgusto, Rita, qué disgusto! *(La abraza llorando.)*

SEÑÁ RITA.—Pero ¿es que lloras, Pepe? Pero ¿qué te pasa?

SEÑOR PEPE.—Pues que la Nieves (¡atérrate!), ¡la Nieves quiere casarse con Jacinto! Y acaban de decirmelo.

SEÑÁ RITA.—¡Jesús! *(Hace una seña a los chicos, que se acercan.)*

SEVERINA.—¡Jesús!

PRUDENTINO.—¡Jesús!

SEÑÁ RITA.—¿Tu hija con ese golfo? Eso es una maniobra del canalla del padre.

SEÑOR PEPE.—Tal creo.

SEÑÁ RITA.—¡Pa comer sin trabajar de lo que tú ganas! No lo consientas, Pepe.

SEÑOR PEPE.—¡Pero ella le quiere!

SEÑÁ RITA.—Por llevarte la contraria. No cedas.

SEÑOR PEPE.—¿Yo qué voy a ceder?

SEÑÁ RITA.—No serías mi hermano. Antes, la muerte.

SEÑOR PEPE.—Pero ¿cómo me opongo?

SEÑÁ RITA.—Como sea. Con todas tus fuerzas.

SEÑOR PEPE.—*(Animándose.)* Dices bien.

SEÑÁ RITA.—¡Echales a puntapiés a esos golfos!

SEÑOR PEPE.—Sí...

SEÑÁ RITA.—Rómpeles la crisma. Yo te ayudo, con uñas y dientes.

SEÑOR PEPE.—¡Es que hasta la Casilda les ampara!

SEÑÁ RITA.—¡Porque no vale naa!... Tu mujer es una blandurria. No están educaos con la rigidez que nosotros.

SEÑOR PEPE.—No.

SEÑÁ RITA.—¡Acuérdate de las palizas que nos daba nuestro pobre padre!

SEÑOR PEPE.—*(Con delicia.)* ¡Ooooooh!... *(Los chicos sonríen también, complacidos.)*

SEÑÁ RITA.—Nuestro pobre padre, que estará en la Gloria, con aquella garrota de seis nudos, cuando no andábamos derechos...

SEÑOR PEPE.—¡Cuando no andábamos derechos, nos daba una paliza, y cuando nos daba la paliza, ya no podíamos andar derechos!

SEÑÁ RITA.—¡Oh, aquello era educación!... ¡Me dió a mí un estacazo en la nuca *(Los chicos vuelven a sonreír.)* el día de mi santo por haberme comprao dos perras de cacahués sin su permiso, que de lo atontada que me dejó me pasé la tarde comiéndome las cáscaras y tirando los granos!...

SEÑOR PEPE.—¡Oh, aquellas palizas ya no se estilan! ¡Ahora, en las familias, todo es tolerancia, informalidá, desorden, golfería!...

SEÑÁ RITA.—¡Como que le pegas a un hijo, y ties un disgusto con el Comité paritario!

SEÑOR PEPE.—¡Los padres ya no servimos de nada!

SEÑÁ RITA.—¡Hasta que un día me líe yo a bofetadas con el Jurao mixto!

SEÑOR PEPE.—¡Cada hijo quiere andar su camino, y a su albedrío!...

SEÑÁ RITA.—¡Pero tú manténte firme!

SEÑOR PEPE.—¡Siempre!

SEÑÁ RITA.—Mírate en mi espejo. Esta y éste no se querían.

SEVERINA.—No, señor.

SEÑÁ RITA.—El es feo.

PRUDENTINO.—Sí, señor.

SEÑÁ RITA.—No tiene más que ese defezto.

PRUDENTINO.—No, señor.

SEÑÁ RITA.—Esta estaba enamorada de un golfo pinturero y guapito.

SEVERINA.—Sí, señor.

SEÑÁ RITA.—La dije que lo dejara. No me hacía caso.

SEVERINA.—No, señor.

SEÑÁ RITA.—Hasta que un día me lié con él a bofetadas y lo eché escaleras abajo.

SEVERINA.—Sí, señor.

SEÑÁ RITA.—Cogí a éste de un brazo...

PRUDENTINO.—Aún lo tengo resentido...

SEÑÁ RITA.—Y lo metí en casa a puntapiés.

PRUDENTINO.—Aún lo tengo resentido...

SEÑÁ RITA.—Cogí a ésta del pescuezo, y los junté a viva fuerza. Pues ahora se adoran. ¡Dile, dile a tu tío!

SEVERINA.—Pues nada: que yo lo que mi mamá me mande, y naa más. Me dice mi mamá que quiera a éste, pues a éste. Me dice quiera a otro, pues a otro. ¡A siete que me dijera, a siete que yo querría!...

SEÑÁ RITA.—¡Ahí la tienes!

SEÑOR PEPE.—¡Una chica así da gusto!

PRUDENTINO.—Sí, señor.

SEÑÁ RITA.—El es hijo de un delineante.

SEÑOR PEPE.—Ya se le conoce. Todo tan atildadito, tan cuadradito...

SEÑÁ RITA.—Es un plano. ¡Y si vieras qué ocurrente...! Como está tan flaquita, el otro día le preguntó un guasón: «¿Y dónde pellizca usté a su novia?» Y va y le dice: «¡En los ángulos!»

PRUDENTINO.—No le iba a decir la verdad.

SEÑÁ RITA.—¿Eh?

PRUDENTINO.—¡Que en ninguna parte!

SEÑÁ RITA.—¡Ah!...

SEÑOR PEPE.—¡Ay, Rita, si yo hubiera tenido la suerte de una hija como ésta!...

SEÑÁ RITA.—Pero tú, a lo de Jacinto, ¡te habrás cerrao a la banda!...

SEÑOR PEPE.—Rotundamente; y aun tengo la esperanza de que mi hija, después de oírme, de oír mis razones, haya reaccionao...

SEÑÁ RITA.—No confíes.

SEÑOR PEPE.—¡Es que si se empeña, si no me obedece, seré implacable!

SEÑÁ RITA.—¡Si no te obedecen, no estés aquí ni un minuto más! Vente a mi casa. Allí piensas, decides.

SEÑOR PEPE.—Sí. Como no sea obedecido, me voy de aquí. Sin el apoyo de mi mujer, con este desengaño de mi hija, ésta ya no es mi casa. ¡Yo, con la golfería y con el desorden, no puedo vivir! ¡Aunque quisiera, no puedo!... ¡No transijo, no!... Pero aguarda: estoy impaciente por saber lo que han resuelto... Todavía tengo una esperanza... *(Llamando.)* ¡Casilda!... ¡Casilda!...

## ESCENA X

DICHOS, CASILDA y ALEJO, por la izquierda.

CASILDA.—Tú dirás.
SEÑOR PEPE.—Que salga mi hija.
CASILDA.—No está.
SEÑOR PEPE.—*(Asombrado.)* ¿Que no está?...
CASILDA.—Ha salido.
SEÑOR PEPE.—¿Con quién?
CASILDA.—Con su novio.
SEÑOR PEPE.—¿Con su novio?... ¿A qué?
CASILDA.—A ver un piso.
SEÑOR PEPE.—¿Y tú lo has consentido?
CASILDA.—¿Quién les quita su ilusión?...
SEÑOR PEPE.—¿Y es así cómo me obedece?
CASILDA.—Es hija tuya.
SEÑOR PEPE.—¿Y es ése el caso que me hace?
CASILDA.—¡Como es formal, como tú, y honrada, como tú, y recta, como tú, no se preocupa de más!
SEÑÁ RITA.—¡Qué cinismo! ¡No estés aquí ni un minuto!
CASILDA.—Aquí tendrá que estar toda su vida, porque es su casa.
SEÑOR PEPE.—¡Aquí no estaré ni un minuto más!
CASILDA.—Mira lo que haces, Pepe. ¡Que no te lleve la intransigencia a un extravío que nos amargaría a todos!
SEÑOR PEPE.—¡Me voy!

CASILDA.—¡No te vas!

SEÑOR PEPE.—¡He dicho que me voy, y me voy!

CASILDA.—¡Haz lo que quieras!

ALEJO.—Pepe, ¿qué vas a hacer? No seas loco.

PEPE.—Loco sería si me quedase. ¿No queríais a mi hija?... ¡Pues ahí os dejo mi hija, mi familia y mi casa!... *(A Rita.)* ¡Ya veremos lo que hace de ella esta gentuza!

CASILDA.—No harán nada, porque yo aquí me quedo gobernándola, pa que la encuentres, si vuelves, tan digna como la dejas.

SEÑOR PEPE.—¡Vámonos!

ALEJO.—Pepe, yo te suplico...

SEÑOR PEPE.—¡No me supliques nada! Concluso. ¡Vámonos! *(Vanse airadamente.)*

ALEJO.—¡Y se va!...

CASILDA.—*(Limpiándose las lágrimas.)* ¡Déjalo! ¡Y es que es bueno..., es bueno; pero le ciega el orgullo de su bondá..., el orgullo de esas pequeñas virtudes que tiene; porque ser bueno, con esa verdadera bondá que está hecha de abnegación y sacrificio, es tan difícil!... Pero yo haré que esta ausencia nos sirva para algo. Yo le enseñaré a ser bueno, ¡te lo juro!... *(Vase izquierda.)*

ALEJO.—¡Ese loco ha perdido el juicio!... *(Mirando el reloj.)* ¡Atiza, qué coincidencia!... ¡Naa más que irse él, y se ha parao el reló!... No, pues yo voy a darle cuerda, no crean que vamos a vivir aquí sin formalidá. *(Se sube a una silla, empieza a darle cuerda, y el reloj, como loco, comienza a dar campanadas sin concierto.)* ¡Rediez!... Pero ¿qué pasa? *(Baja asustado.)* ¡Cuántas campanadas! Una hora..., otra... ¡No lo entiendo! ¡Está visto que en mis manos hasta el reló pierde la formalidá! ¡Ah! ¡Ya sé! ¡Esto es una venganza!... Claro, ¡como todos los empeño...!

TELÓN

# ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Es de día.

## ESCENA PRIMERA

CASILDA, NIEVES, SOLE y GARCÍA PINOCHO. NIEVES y SOLE cosen ropa interior de mujer. GARCÍA PINOCHO, que es un tipo cincuentón, entre mueblista y prendero de los barrios bajos, aguarda sentado en una silla, apoyándose en una garrota y fumando un puro. CASILDA anda impaciente de un lado a otro, mirando de cuando en cuando el reloj. Al levantarse el telón, los personajes callan; GARCÍA PINOCHO, que da repetidas chupadas al puro, está envuelto en una verdadera humareda. NIEVES y SOLE tosen.

GARCÍA PINOCHO.—*(Mirando el reloj.)* ¡Las once!

CASILDA.—¿Las ha visto usté?

GARCÍA PINOCHO.—Perfeztamente.

CASILDA.—No; es que creí que con el humo...

GARCÍA PINOCHO.—*(Volviendo a señalar el reloj.)* ¡Las once en punto!

CASILDA.—Le advierto a usté que va un poco adelantao.

GARCÍA PINOCHO.—¡Pero, por muy adelantao que vaya, señora!... Me citó a las nueve. Llevo dos horas esperando. Me he fumao cuatro puros. Muy molesto.

NIEVES.—*(Tosiendo.)* ¡Diganoslo usté a nosotras!

SOLE.—Usa un tabaquito de gases lacrimógenos...

GARCÍA PINOCHO.—*(A Casilda.)* Su hermano de usté no tiene formalidá.

CASILDA.—Poquita. Que el pobre está desentrenao. Pero ya la tendrá. ¡Se lo juro a usté! *(Aparte.)* ¡Maldita sea su estampa!... ¡La hora que es, y el taller empantanao!

GARCÍA PINOCHO.—Pa lo que quiere, bien se aplica; que el otro día me dijo que había estao dieciséis horas seguidas durmiendo sin descansar!

CASILDA.—Pa eso es pa lo único que no descansa: pa dormir. ¡Le digo a usté que es de una frescura, como pa echarlo al suelo y patinar encima!... Pero hoy tiene que haberle pasao algo...

GARCÍA PINOCHO.—A lo mejor, dos cuartillos; que le conozco. Es un contemplativo. *(Acción de beber.)* No debía usté haberle encargao del taller.

CASILDA.—Es que no disponía de otro elemento. Como lo estamos organizando...

GARCÍA PINOCHO.—¿Organizando? *(Gesto de duda.)*

CASILDA.—Mi marido, un poco cansao, ha querido retirarse una temporada, y algo tien ustés que perdonar.

GARCÍA PINOCHO.—¡Buena diferencia del señor Pepe, que le decía a usté: «Mañana, a las doce en punto, le entrego los muebles», y si nos descuidábamos en abrir la vidriera de la tienda, nos la rompía de la puntualidá, porque dando las doce tenían que estar los muebles en el almacén.

CASILDA.—Sí; pero ahora esa exactitú ya no se estila. La ha prohibido la Casa del Pueblo. Hay que dar un margen pa que el trabajo no atosigue al obrero.

GARCÍA PINOCHO.—Sí, claro; en el trabajo lo más importante es no cansarse. Pero, vamos, nuestra casa está muy acreditada: «García Pinocho y Hermano.» Y la seriedá es nuestra divisa. Lo de divisa, en el buen sentido. Y lo que ofrecemos lo cumplimos.

CASILDA.—Pues por lo que toca a nosotros, no faltaremos; yo se lo aseguro. Y tenga la bondad de esperar un poquito más, que voy a ver si está ya en el taller. *(Baja la escalera. Aparte.)* ¡Ese granuja!

GARCÍA PINOCHO.—¡Esperaré! ¡Qué remedio!...

*(Saca otro puro.)* Vamos con el quinto. *(Lo enciende y arma una humareda espantosa.)* ¿A ustedes no las molestará?

NIEVES.—No; mañana nos deshollinamos..., ¡y nada!

SOLEDAD.—*(Tosiendo.)* ¡Jesús! ¿Quién ha dicho que no hay quinto malo?

GARCÍA PINOCHO.—*(A Nieves.)* ¿Y usté haciéndose la ropita pal himeneo?

NIEVES.—Así parece.

GARCÍA PINOCHO.—Me han dicho que se himenea usté con Jacinto, el chico del señor Alejo.

NIEVES.—El mes que viene, sí, señor.

GARCÍA PINOCHO.—¿Y se casa usté a gusto de sus papás?

NIEVES.—De mis mamás. Pero ¡qué le vamos a hacer!

GARCÍA PINOCHO.—¿Y está usté haciendo...?

NIEVES.—*(Se lo enseña.)* El juego de novia.

GARCÍA PINOCHO.—Muy mono. Pero eso como tiene vista es puesto.

NIEVES.—¡Ah, claro!

GARCÍA PINOCHO.—¿Y esa joven?

NIEVES.—Una amiguita. Costurera. Me ayuda.

GARCÍA PINOCHO.—También muy mona. Y juraría que la he visto a usté en «Estampa».

SOLE.—¿A mí?

GARCÍA PINOCHO.—¿Usté no ha concursao al traje de cuatro pesetas sevillanas?

SOLE.—¿Sevillanas?

GARCÍA PINOCHO.—Sí; es un concurso que han inventao ahora. Mucho más difícil, porque antes de hacerse el traje hay que pasarlas.

SOLE.—Pues no, señor. ¡No tengo pa esos lujos!

CASILDA.—*(Subiendo del taller.)* ¡Nada, que no ha llegao aún!

NIEVES.—*(Aparte.)* ¿No ha parecido?

CASILDA.—*(Aparte.)* ¡Ni por soñación!

NIEVES.—*(Aparte.)* ¡Pero estará Jacinto!

CASILDA.—*(Aparte.)* ¡Qué ha de estar! Me han dicho que ha venido muy compuesto, y hace dos horas que se ha vuelto a ir. Y allí tiés a los ofi-

ciales tumbaos, tomando un tentempié... ¡Y una, ahogá con estos compromisos!... *(Señalando a Pinocho.)* ¡Y esa chimenea, esperando! ¡Que yo ya no sé como entretenerle! *(Alto, a Pinocho.)* De forma que usté perdone; pero...

GARCÍA PINOCHO.—Bueno; pues dígale usté al señor Alejo que no puedo esperar más, y que él verá lo que hace, que mañana sin falta necesito entregar esos muebles. Que es que me pone en un compromiso muy grave, que ya se lo dije.

CASILDA.—Confíe usté en mí, que yo le juro que se cumple.

GARCÍA PINOCHO.—*(Dándole la mano.)* ¡Ojalá!... Bueno; pues, señora, he tenido un disgusto muy grande...

CASILDA.—El disgusto ha sido mío... Pero ¡mañana tiene usté los muebles en su casa, o dejo de ser quien soy!

GARCÍA PINOCHO.—Se lo agradecería. Si no, tendré que determinar.

CASILDA.—Esté usté tranquilo.

GARCÍA PINOCHO.—*(A Nieves.)* Jovencita, mi más cumplida...

NIEVES.—Gracias.

GARCÍA PINOCHO.—Y usté, monada, que siga tan hacendosa.

SOLE.—Servidora.

GARCÍA PINOCHO.—Y ustedes perdonen la insistencia y el humo.

NIEVES.—Ya ventilaremos

GARCÍA PINOCHO.—Muy atento. *(Vase derecha. Sole vase izquierda.)*

## ESCENA II

DICHAS; luego, GANDULLA, por la escalera.

CASILDA.—¡Madre de mi alma! ¡Bueno; lo de tu tío es pa despellejarlo!

NIEVES.—¡Y lo de Jacinto, pa hacerlo trizas!... ¡Qué sinvergüenzas!

CASILDA.—Como que son tal para cual. Saber que tenemos estos compromisos; estar como estamos de trabajo, que me ha costao ir de parroquiano en parroquiano, ¡pidiendo por Dios!, pa dar este cumplimiento, en un taller que ha sido un modelo. ¡Un modelo! ¡Que no oyes otra cosa! ¡Que si tu padre lo supiera...! ¡Vamos, no lo quiero pensar, porque es que venía y nos...!

NIEVES.—¡Ese ladrón, que después de oírme regañar con mi padre por él, me se echó a mis pies y me juró de rodillas...!

GANDULLA.—*(Otro mueblista que asoma por la escalera.)* Servidor.

NIEVES.—*(Dando un salto.)* ¡Ay madre! ¡Qué susto!

CASILDA.—¿Quién?

GANDULLA.—Quedo a los pies de ustedes..., en vista del sobresalto propinao.

CASILDA.—¡Suba, suba si gusta! *(Aparte.)* ¿Quién será éste?

GANDULLA.—Agradezco la ascensión a que me invita. *(Sube.)*

CASILDA.—Usté dirá.

GANDULLA.—Pues... servidor soy Celedonio Gandulla.

CASILDA.—¡Muy señor mío!

GANDULLA.—Que tengo una tienda de muebles.

CASILDA.—Otro cliente.

GANDULLA.—Establecida ahí, en Cascorro; antes, Cabecera del Rastro; hoy, Nicolás Salmerón; mañana, Dios sabe...; y le había encargao al señor

Alejo un comedor hace quince días; y he venido a ver, y el señor Alejo no está, y me he encontrao a los oficiales discutiendo la implantación soviética del mes de veintitrés días con siete domingos. Lo cual que me ha chocao, porque eso de los siete domingos era cosa de las derechas... Pero ¡como ahora se ven esas «anomalias»...!

CASILDA.—Sí, claro... Bueno; y usté...

GANDULLA.—Pues nada: que me he permitido de asomarme a esta espiral pa rogar a ustedes que a ver si me se acaban esos mueblecitos, porque no hay que olvidar que es un comedor, y es lo que m'ha dicho el cliente: «Tal y como están ahora las cosas, si tardan en hacérmelo, ya no me va a servir.» El cliente es un agriario.

NIEVES.—Creo que se dice agrario.

GANDULLA.—Se dice agrario; pero yo les llamo agriarios, porque como casi toos tien tan mal genio...

CASILDA.—Sí, en efecto.

GANDULLA.—Y este cliente, además, es agricultor y se le están repartiendo hasta la algarroba... ¡Calcule usté si el comedorcito le correrá prisa!

CASILDA.—Es natural, sí, señor.

GANDULLA.—Además, que le he entregao al señor Alejo, a cuenta del trabajo, ¡seiscientas beatas!

CASILDA.—¡Seiscientas!...

GANDULLA.—¡Pero de las inofensivas, de las que no tienen voto!... Ciento veinte machacantes. Na más.

CASILDA.—Pero ¿a cuenta del trabajo?

GANDULLA.—Que me lo pidió él pa madera.

CASILDA.—*(Aterrada. Aparte.)* ¡Madre mía! ¡Qué sinvergüenza!

GANDULLA.—Usté verá.

CASILDA.—Sí, desde luego. Pues nada: yo ya comprendo...; pero váyase usté tranquilo, que una servidora...

GANDULLA.—No, si yo en la tranquilidá me apoyo. *(Señalando la garrota.)* Ahora que como no me se satisfaccione, yo soy un impulsivo; y si vuelvo esta tarde y no me se entrega, por lo menos el trinchero, va a haber en esta ebanistería

más lesionaos que en una novillada de Tetuán. ¡Y no hiperboleo!

CASILDA.—Descuide usté, que yo...

GANDULLA.—¡Cómo me iba a figurar yo que en un taller de la seriedad de éste...!

CASILDA.—No se apure usté, que yo le juro que se cumplirá, y el agriario ese tendrá su comedor.

GANDULLA.—Y si no se cumple, me voy al señor Pepe...

CASILDA.—¡No, por Dios! Eso sí que no... Yo le ruego a usté...

GANDULLA.—Bueno; pues ellos verán... Que a mí tomarme el pelito... ¡Nóngano!... Que a un servidor le sacan las ondas al agua..., ¡pero al agua ardiente! ¡Y no hiperboleo! *(Vase por la escalera de caracol.)*

CASILDA.—¡Madre mía!... ¿Has oído?...

GANDULLA.—He dicho nóngano, y es poco. ¡Requetenóngano! Y con Dios, que yo sigo con lo antiguo.

## ESCENA III

DICHOS, menos GANDULLA.

CASILDA.—¡Dios mío! Pero ¿has oído?

NIEVES.—¡No cumplen, y encima piden dinero!...

CASILDA.—¡Yo estoy aterrada, hija! ¡Esto es una perdición! El padre no parece, y el hijo no para en el taller; y bajas, y too son sillerías empezadas, que aquello es un maremágnum, que no te meneas, que no te encuentres con quince o veinte patas en el aire.

NIEVES.—¡Qué me va usté a decir, si lo he visto! Viene un parroquiano y chilla, y al que viene y chilla le dan dos martillazos en sus muebles, y a otra cosa. ¡Y eso ni es orden, ni es trabajo, ni es nada!

CASILDA.—¡Y tu tío con este comportamiento, sabiendo que too lo que nos pasa es por vosotros!... ¡Vago! ¡Canalla!

NIEVES.—¡Pues y lo de Jacinto, que con cualquier pretexto deja el trabajo y se marcha a pintar la cigüeña..., pero a pintarla de lila, porque es un tontaina! ¡Pero se le va a acabar, por mi salú!

CASILDA.—¡Ayer, que si a sacar la fe de vida!... ¡Anteayer, que si la partida de bautismo!...

NIEVES.—¡Deje usté que venga! ¡A ver si va a creer ése que he regañao con mi padre, que lo quiero con toda mi alma, pa que ahora se burle de mí!... ¡Primero, muerta!... Claro; va diciendo a too el mundo: «Me caso con una prima», y se ha creído que sí... Pero le va a llegar el chasco a las narices.

CASILDA.—Pues déjate que amanezca su papaito. Que ése me cumple a mí los compromisos que me ha buscao, ¡pero que a estacazos! En cuanto le eche la vista encima, vamos, es que lo encierro abajo, que quiera que no, y no le dejo salir hasta que no queden en el taller más patas que las suyas, y quizá que se las tenga que llevar encoladas. ¡Van a ver lo que es una mujer de agallas!

NIEVES.—Ponga usté dos, pa que no se equivoquen en la suma. *(Se oye a Jacinto, que viene tarareando un tango.)*

CASILDA.—Ahí tienes al pollo. ¡Y que viene cantando! ¡Qué alegría da la poca vergüenza! *(Vase primera izquierda.)*

NIEVES.—Deje usté, que la alegría, sea de lo que sea, dura poco. *(A sí misma.)* ¡Verás tú éste!

## ESCENA IV

NIEVES y JACINTO.

JACINTO.—*(Del taller, se asoma.)* ¡Ole mi niña! ¡Ahí el garbito! ¡Pero que buenas!

NIEVES.—Buenas y musicales.

JACINTO.—*(Sigue tarareando.)* ¡Viva lo dicharachero! ¡So guapa! *(Tararea.)*

NIEVES.—¿Qué te ha costado ese disco?

JACINTO.—No es disco; es que tu querer me ha convertido el corazón en una radio de cinco lámparas, y voy recogiendo toda la alegría del planeta y la radiodifundo.

NIEVES.—Entonces, a ti, si te pusieran antena, cogerías Tulús, ¿verdad?

JACINTO.—Yo, con antena y sin antena, lo que cojo... *(Va a abrazarla.)* es el frazmento de mujer mejor cincelao de la creación.

NIEVES.—¡Chis!... *(Deteniéndole.)* Si no tienes dinero pa otra dentadura, no me toques, Jacinto.

JACINTO.—Pero ¿qué te pasa, chata?

NIEVES.—Eso de chata era antes; pero ahora me s'han hinchao las narices.

JACINTO.—¿Te has dao algún golpe?

NIEVES.—Cuando me se hinchan a mí las narices, es que me he dao un golpe... o que voy a darlo. ¡Conque cuidao con las muelas, que aún ties dos sin pagar!

JACINTO.—¡Caray! Pero ¿a qué viene esa amenaza odontológica?

NIEVES.—Pues viene a que eres un embustero y un sinvergüenza, y un farsante, y un holgazán.

JACINTO.—¿No ties más cosas que llamarme?

NIEVES.—Sí; pero no las quiero gastar todas en un día.

JACINTO.—Llévalas al Ahorro Postal.

NIEVES.—¿Y qué te llamo mañana?

JACINTO.—Por mi nombre, y será una novedad.

NIEVES.—Es que como sigas así, ¿ves estas cruces? Pues por ellas te digo que no te voy a llamar ni por tu nombre siquiera.

JACINTO.—Pero ¿hablas en serio?

NIEVES.—¿Cómo no voy a hablar en serio, si ves que por ti he regañao con mi padre, si ves que por tu cariño arriesgo la tranquilidá de mi vida, y me prometes que serás otro hombre, y me juras y me lloras..., y a los quince días te olvidas de todo, y veo que no tienes formalidá, ni decoro, ni amor propio?...

JACINTO.—¡Nieves!

NIEVES.—¡No hay Nieves que valga!... ¡Que me voy a figurar que es mentira hasta el cariño que me has jurao!...

JACINTO.—¡Oye: que eso es mucho decir, niña!

NIEVES.—¿Mucho? ¿Y no hay quien te haga coger una herramienta, y estás too el santo día sin trabajar, entrando y saliendo del taller con cualquier pretexto, en vez de arrimar el hombro, como me prometiste, y echar pa arriba el trabajo pa que nos salvemos y comamos y vea mi padre tu comportamiento?

JACINTO.—Mujer, es que anteayer tuve que sacar la fe de soltería.

NIEVES.—¡Mentira! Anteayer te fuiste a las Ventas a merendar con el Chano, que había hecho las paces con la Tere por décima vez esta semana. Gracias que se enteró el marido y os estropeó la «garden party» con unos estacazos, que me han dicho que hasta las aceitunas tenían los huesos fracturaos.

JACINTO.—Sí; verdaderamente, anteayer... Pero ayer tuve que irme...

NIEVES.—Ayer te fuiste a Tetuán, a los novillos, a ver torear a tu compinche el «Golondrina»; que no sé por qué te vas tan lejos; que con que te compraras unos prismáticos, desde casa lo veías. ¡Se pasa la tarde en el aire! Y el sábado, que si tenías que convidar a los del Juzgao número treinta y dos; lo cual que te has pasao, porque no hay tantos... Y el miércoles, que si un parroquiano del diecisiete... ¡Mentiras y gandulerías todo! ¡Que no vales pa la vida seria, Jacinto!

JACINTO.—Eso no es cierto. Y yo te juro, Nieves...

NIEVES.—A mí no me jures nada. Y óyeme bien, porque, si me se sube la mosca a la nariz, agarro estos trapitos, en los que tengo la ilusión de mi vida, y los hago trizas.

JACINTO.—¡Nieves, por Dios, no te exaltes!

NIEVES.—¡Y los hago trizas y los tiro a la calle; que soy hija de mi padre y no me se pone na por delante, y te quedas más ancho que largo!

JACINTO.—¿Y tendrías valor?

NIEVES.—Yo, cuando quiero, tengo valor pa todo: pa morirme por lo que quiero y pa no volver a mirar a lo que he querido. ¡No lo olvides!

JACINTO.—*(Casi llorando.)* ¡Nieves!... ¡Ties razón!...

NIEVES.—¡Un costal!

JACINTO.—¡Y perdóname estas faltillas! Pero es que yo soy un temperamento impresionable, ¿sabes? Y cuando me veo cerca de una felicidad como esta de que seas mía, me da una emoción, que no paro en ningún lao, y me se quitan las ganas de trabajar, y no como ni duermo... más que a mis horas. ¡Que esto es una cosa como pa ver a un médico, créemelo!

NIEVES.—¡Eso es una cosa como pa romperte la crisma! Y a mí no me vengas con truquitos ni ratimagos. De forma que si me quieres en serio, coge la gubia y dale al torno, que a mí me se convence con virutas y aserrín. ¡Naa más!

JACINTO.—Bueno; pero...

NIEVES.—No hay pero que valga. Conque al taller a cumplir los compromisos en que nos habéis metido. ¡Y que no tenga yo la pena de que vea mi padre que le he dao el disgusto que le he dao por un mamarracho!

JACINTO.—Tienes razón, Nieves. Tus palabras me hacen otro. Y pa que yo cobre ánimos me debías dejar..., me debías dejar...

NIEVES.—¿Qué?

JACINTO.—¡Que te diese un beso!

NIEVES.—¡Y un paquete de sesenta! ¡Si me das un beso, cobras ánimos y cobras una de puñetazos!...

JACINTO.—¡Pues cobro! *(Se lo da.)*

NIEVES.—*(Le persigue indignada y le alcanza.)* ¡Fresco! ¡Granuja, canalla, desvergonzao!... *(Le golpea.)* ¡Indecente, atrevido, ladrón!

ALEJO.—*(Va a entrar por la derecha, y al ver los golpes retrocede.)* ¡Mi madre!... Cuando las narices de tu vecino...

JACINTO.—¡Oye, basta! ¡Basta, por Dios! ¡Que me das de más!... *(Vase huyendo al taller.)*

NIEVES.—¡Anda, que la lleva buena!

CASILDA.—*(Sale. Acción de pegar.)* ¡Ya te he oído, hija! ¡Has estao acertadísima!

NIEVES.—Todos en la nariz. *(Refiriéndose a los puñetazos.)*

## ESCENA V

NIEVES, CASILDA y ALEJO; al final, EVARISTO y SOLE.

ALEJO.—*(Triste y abrumado. Dentro.)* ¿Se puede pasar?

CASILDA.—¡Mia quién amanece!

NIEVES.—Ahí tiene usté al padre..., al padre Adán. No se atreve a entrar.

CASILDA.—Déjamelo, que es mío. Y aunque pida socorro, hazte la distraída.

NIEVES.—¡Como si lloviera! *(Vase izquierda.)*

ALEJO.—*(Se asoma. Aparte.)* ¡Mi hermana, y cariacontecida! *(Alto, con voz doliente.)* ¿Se puede pasar?

CASILDA.—Prueba a ver.

ALEJO.—*(Entrando sonriente.)* He podido. Muy buenas. *(Silencio.)* Muy buenas. *(Silencio.)* ¿Me se ha contestao al saludo?

CASILDA.—Todavía no.

ALEJO.—Bueno; no me corre prisa. *(Pausa. La mira. Aparte.)* ¡Mal talante! *(Pausa. Alto.)* Casilda... *(Silencio.)* Oservarás que me se ha hecho un poco tarde. *(Su hermana se le queda mirando sin contestarle, lo cual le azora más.)* Pero es que vengo de ahí, de la... Que he tenido que ir a eso de... Y, vamos, que reconozco que me..., que me he retrasao un poco, no sirve darle vueltas. *(Más azorado al ver que no le replica.)* Además, he querido tomar un «Metro», ¿sabes?... Pero como ahora los «Metros» son tan cortitos..., vamos, de esos de tres coches..., pues claro, he llegao, y entre que si tromo este «Metro», que si tromo el otro «Metro», pues me he metrido a esprerar... *(Pausa.)* No atrino.

CASILDA.—¡Eso veo!

ALEJO.—Pero no atino, porque me azaras. Me miras con esos ojos, y te veo tan seria... Claro, que ties tus motivos..., que yo lo reconozco..., porque a mí, cuando me se dice la verdá... Es decir, tú no me has dicho nada, pero vamos... *(Aparte.)* ¡Por qué no se enfadará, pa que yo me pueda desenvolver! *(Alto.)* Y no ha sido nada más, ¿sabes? Total: que al salir del «Metro», un amigo..., una copa..., una mujer..., un minuto de chirigota... ¡Nada!

CASILDA.—*(Zarandeándole con fuerza.)* ¡Ven aquí, so golfo!... ¡So indecente!...

ALEJO.—Oye: pero ¿a qué viene este zarandeo por nada?

CASILDA.—¡Por nada! Tienes razón. Un amigo, una copa, una mujer..., ¡nada! ¡Pero en todas esas nadas y esos pocos se les va la vida a los granujas, a los holgazanes, a los perdularios como tú!... ¡Canalla!... ¡Sinvergüenza!... *(Sigue zarandeándole.)*

ALEJO.—¡Por Dios, Casilda, pa un día que me pongo cuello!...

CASILDA.—¿No has visto la hora?

ALEJO.—No me he fijao.

CASILDA.—¿Qué has hecho del reló que te saqué la semana pasada?

ALEJO.—Me se ha parao.

CASILDA.—¿En catorce pesetas?

ALEJO.—En doce cincuenta, que caa vez restringen más.

CASILDA.—¡Qué cinismo!

ALEJO.—¡Pero ha sido pa pagar la casa, Calsilda.

CASILDA.—¿Y lo que te di pa pagar la casa?

ALEJO.—Pues ha sido pa pagar la... Que no sabe uno de contabilidad y se trabuca, y paga lo que no quiere y quiere lo que no paga, y...

CASILDA.—¡Calla, ladrón, que si no me valiera Dios, te partía las narices!

ALEJO.—*(Aterrado.)* Oye, que nunca te he visto así.

CASILDA.—¡Porque nunca me has visto con mi ma-

rido fuera de su casa por vuestra culpa!... ¡Porque nunca me has visto con los labios amargaos de lágrimas, luchando entre perder al hombre que quiero o a los hijos que he traído al mundo!

ALEJO.—¡Casilda, no me hagas llorar!

CASILDA.—¡Calla, embustero, que a ti no te hace llorar ni una cebolla!

ALEJO.—¿Que no?

CASILDA.—¡No! Me ves arrastrada, pidiendo trabajo como una caridá; me prometes tu ayuda y ser formal una vez siquiera, que te lo supliqué de rodillas. *(Con desprecio.)* ¡Y no vienes al taller, y me dejas en la estacada, y hasta pides dinero de un trabajo que no has hecho!

ALEJO.—*(Con resolución.)* ¡Pero qué haré!

CASILDA.—¡Ya lo creo que lo harás!... ¡Pero aunque no quieras!... ¡Y va a ser ahora mismo! Porque hoy, óyelo bien; hoy se empieza a trabajar aquí, de día y de noche.

ALEJO.—Eso de día y de noche...

CASILDA.—¡De día y de noche! ¡Porque hasta que cumplas con todos los parroquianos, no sales de esta casa!

ALEJO.—Oye, que la jornada son ocho horas.

CASILDA.—¡Pues tú vas a trabajar cinco mil!

ALEJO.—Pero ¿y la Casa del Pueblo?

CASILDA.—¿Y esta casa, que también es del pueblo, y se va a ver por culpa vuestra sin crédito y sin honra?... *(Llevándole a empujones.)* ¡Hala p'abajo!...

ALEJO.—¡No avasalles!

CASILDA.—¡Avasallo! Quítate la chaqueta. *(Se la quita.)* Y ponte esta blusa y suelta ese sombrero. *(Se lo quita y lo tira.)*

ALEJO.—¡Y luego quieren que vaya uno elegante!

CASILDA.—¡Y abajo!

ALEJO.—¡Pero no pegues!

CASILDA.—¡Y como baje yo y no vea el comedor de Gandulla terminao esta noche, por la memoria de nuestra madre que te saco los ojos!

ALEJO.—*(Exaltado y lloroso.)* Sí, Casilda, sí. Tiene razón. No te he cumplido la palabra. Perdóname.

Pero ahora mismo voy a lanzarme al trabajo, ¡como una fiera! ¡Ya me ha dao la fiebre! He sido un canalla, pero ahora... ¿Dónde está el taller, que ya no veo? *(Se marcha hacia la calle.)*

CASILDA.—¡Por aquí..., que tú, cuando te ciegas, te vas a la calle!

ALEJO.—Y te ayudaré y cumpliré... ¡Te lo juro! ¡Que ya me ha dao la fiebre!

CASILDA.—¡A ver qué haces, Alejo!

ALEJO.—¡Sorberme mobiliarios! ¡Que cada vez que me veas me vas a ver sobre un sillón!

CASILDA.—¡No!

ALEJO.—¡Acabándolo, no te asustes! *(Baja a tropezones.)*

CASILDA.—¡Dios mío, que sea así! ¡Es lo que te pido! *(Se oye en el taller una actividad febril de martillazos, cepillazos, etc.)*

NIEVES.—*(Que sale por la izquierda, alarmada.)* ¡Pero qué pasa abajo, madre!

CASILDA.—¡Que han empezado a trabajar, hija!

NIEVES.—¿Y les durará mucho?

CASILDA.—Todo lo que sea menester. ¡Te lo aseguro! *(Se debilita el ruido.)* ¡No se burlan de mí!

NIEVES.—Pues parece que ahora...

CASILDA.—*(Con voz fuerte.)* ¡Que bajo! *(Vuelve el estrépito en el taller.)* Mira cómo se aplican.

NIEVES.—¡Sí, pero eso de trabajar arreaos, como bestias, no es trabajar, madre!

CASILDA.—¡Naturalmente! Trabajo que no sea hecho con voluntad, con alegría y con fe, ni es trabajo ni es nada. Ya lo sé yo.

NIEVES.—Tendremos que darle la razón a padre.

CASILDA.—Tampoco, hija. Hacer del trabajo un sacrificio y un dolor que te amarguen la vida a ti y a los que te rodean, tampoco. ¡Ni tanto mirar el reló, ni tanto dejarlo de mirar! ¡Dios mío, dónde estará el término medio, que es el justo! ¡Pero no me rinden! ¡Yo lo encontraré!... Yo lo encontraré. *(Llamando.)* ¡Varisto!

EVARISTO.—*(Que sube.)* ¡Mande usté, maestra!

CASILDA.—Llégate donde mi hijo José María, y

dile que venga en seguida, que tengo que hablarle de una cosa muy urgente. ¡Hale!

EVARISTO.—En un vuelo. *(Vase.)*

NIEVES.—Pero ¿va usté a llamar a José María?

CASILDA.—Sí, hija. Tengo mi plan. Con tu tío y con Jacinto, se nos iría esto abajo. Que venga tu hermano.

NIEVES.—¡Mi hermano! Pero ¿y si padre lo supiera?...

CASILDA.—Ya veremos lo que pasa. ¡Déjame! De esta hecha, lo del baturro; ¡o todos a Zaragoza, a todos al charco! *(Suena el timbre de la puerta.)*

NIEVES.—¿Quién será?

CASILDA.—*(Llamando.)* Sole...

SOLE.—*(Aparece por la izquierda.)* Mande usté.

CASILDA.—Veas quién es. Anda.

NIEVES.—En el comedor estamos.

CASILDA.—¡Si es algún cliente, al taller! *(Se asoma al caracol.)* ¡Que bajo! *(Ruido y actividad de trabajo. Vanse Casilda y Nieves por la izquierda. Sole, que hizo mutis por la izquierda, vuelve a entrar.)*

## ESCENA VI

SOLE, SEÑÁ RITA, SEVERINA y CIRÍACO.

SOLE.—Pasen ustedes. Pasen ustedes.

SEÑÁ RITA.—*(Con suavidad.)* ¡Alabado sea Dios!

SOLE.—Pasen ustedes.

SEÑÁ RITA.—*(Con violencia.)* ¡Alabado sea Dios!

SOLE.—Bueno; sí, señora; ya lo creo. Tomen asiento.

SEÑÁ RITA.—¿Le tomamos?

SEVERINA.—Como usté mande.

SEÑÁ RITA.—Tomarle. Usté, ¿es doncella?

SOLE.—Sí, señora; pero por muy poquito. Me caso pa Navidad.

SEÑÁ RITA.—Digo de servir.

SOLE.—Sí, señora; de servir, me parece que sí.

SEÑÁ RITA.—Pues dígale usté a mi cuñada que su señora cuñada, que soy yo, desea de verla, pa una cosa muy urgente, y que la interesa a ella más que a mí. Recalque en lo último.

SOLE.—Sí, señora. Recalcaré. Con permiso.

SEÑÁ RITA.—Usted lo tiene.

SOLE.—Tome usted una silla.

SEÑÁ RITA.—Esa es muy baja.

SOLE.—¿Quiere usted...? *(Ofreciéndole otra.)*

SEÑÁ RITA.—Yo me la escogeré.

SOLE.—Voy a avisar.

SEÑÁ RITA.—Vaya. *(Sale Sole por la izquierda. Rita coge una silla y se sienta.)*

CIRÍACO.—*(Que se ha sentado al lado de la chica.)* ¿Estoy bien así, u me corro?

SEÑÁ RITA.—*(Mirando la distancia.)* Dos dedos a la izquierda. *(Lo hace.)* ¡Así! *(Se sientan todos. Suspira.)* ¡Ay Dios! *(Pausa.)*

## ESCENA VII

SEÑÁ RITA, SEVERINA y CIRÍACO.

SEÑÁ RITA.—Desde que salió mi hermano de aquí, ¡cómo deben de estar en esta casa!

SEVERINA.—Sin tener qué comer, de seguro.

SEÑÁ RITA.—¡Me alegraría!

SEVERINA.—¡Y ahogaditos de pena!

SEÑÁ RITA.—¡Lo tienen merecido! ¡El que no está con Dios, está contra Dios! De esta hecha se les ha acabao el humor pa siempre! *(Se oyen grandes y repetidas risas en el taller.)*

VOCES.—¡Ja, ja, ja!... ¡Ja, ja, ja!...

SEVERINA.—¡Pues parece que no se les ha acabao!

CIRÍACO.—Les habrá quedao ese poco.

SEÑÁ RITA.—*(Furiosa.)* ¿Se han reído?

CIRÍACO.—*(Conteniéndola.)* Sí.

SEVERINA.—¡Pero, por Dios, madre!... Puede que sea la «radio».

CIRÍACO.—No me ha hecho risa de altavoz.

SEÑÁ RITA.—Ni a mí. ¡Y como vuelvan a reírse!... ¡Porque, vamos, humor, con lo que les pasa!... Pero en fin, de lo que sí estoy segura es que no deben tener trabajo ninguno. *(Se levanta y se acerca a la escalera.)*

SEVERINA.—Me alegraría.

SEÑÁ RITA.—¡Y yo! Fijaos qué silencio en el taller.

CIRÍACO.—¡Sepulcral!

SEÑÁ RITA.—Y es que el que no alaba a Dios, no merece su misericordia.

LOS DOS.—No, señora.

SEÑÁ RITA.—¡Qué bajo...! *(Suena otra vez febrilmente el ruido del taller.)* ¡Caray, qué es eso! *(Quedan oyendo.)*

SEVERINA.—Pues sí que parece que trabajan...

CIRÍACO.—¡Pero de qué manera!...

SEÑÁ RITA.—¡Qué bajo... *(Más ruido.)*, qué bajo cae el que no alaba a la Providencia!

CIRÍACO.—Oiga usté: pero ¿qué pasa abajo pa este alboroto?...

SEÑÁ RITA.—¡Qué sé yo! ¡Paece que están amueblando el paseo Rosales! *(Pausa.)* Ahora, lo que es seguro, es que deben de haber desistido ya de casarse...

SEVERINA.—No lo crea usté, madre. Siguen haciéndose la ropa. Mire usté: precisamente tienen aquí el juego de novia. *(Se lo enseña.)*

SEÑÁ RITA.—¡Quita, quita!... ¡Llamarle juego a una cosa tan cortita! ¡Adónde llega la desvergüenza!

CIRÍACO.—¡Pues esto no debe llegar a ninguna parte!

SEVERINA.—*(Riendo bobamente.)* ¡Oy!

SEÑÁ RITA.—¡Nada de oy ni mañana! Y cuidao con los equívocos, Ciriaquito, que por menos se fué Prudentino del lao de ésta con las narices en cabestrillo. Alguien viene. *(Mira.)* ¡El golfo de Alejo sube! Sentarse. *(Se sientan otra vez.)* ¡Serios!... ¡Más serios! *(Quedan como estatuas.)*

## ESCENA VIII

DICHOS y ALEJO, del taller.

ALEJO.—*(Sube tarareando y con la pata de un sillón en la mano. Al verlos.)* ¡Mi retatarabuela! ¡Qué sorpresa tan grata! ¡Ustedes por aquí!... ¡Y tan animaos!...

SEÑÁ RITA.—¿Sabe usted si le han dicho a mi cuñada que la traigo un recao urgente que la interesa a ella más que a mí?

ALEJO.—No lo sé; pero si usted quiere, yo se lo retrasmito a la carrera.

SEÑÁ RITA.—Retrasmitra.

ALEJO.—Y ustedes perdonen que me haya presentao en esta «tualé», y con una pata de más, pero es que andamos locos con el trabajo.

SEÑÁ RITA.—Pero ¿usté trabaja?

ALEJO.—En mis ratos de ocio, sí, señora. ¡Y muchísimo! Mire usté cómo sudo. *(Le coge la mano y se la pasa por la frente.)*

SEÑÁ RITA.—*(Rechazándole.)* Haga usted el favor. ¡Y eso de que usté trabaja, lo pone usté en el Evangelio, y hasta los sacerdotes se sonríen!

ALEJO.—¡Porque el clero es un guasón! Y a propósito de clero: ¿es verdá lo que me han dicho, que en la Parroquia de San Lorenzo la han elegido a usté Miss Sacristía?

SEÑÁ RITA.—¡A mí no me han elegido nada! Y bromitas, no. ¡Que es mucho cinismo el de usté!

ALEJO.—¡Mucho, no; un cinismillo de mala muerte; pa ir tirando naa más!... Lo cual no quita pa que caa día la encuentre a usté más simpaticona, señá Rita.

SEÑÁ RITA.—¡A mí, bromas, no!... Ya me habían dicho que era usté un ser hediondo...

ALEJO.—Que siempre hay amigos que alaban. Ahora que el día que la encuentre a usté sin la chica, voy a hacer con usté lo que no ha hecho nadie en este mundo, ¡pero que nadie!

SEÑÁ RITA.—¿Qué va usté a hacer conmigo?

ALEJO.—¡Hacerla a usté reír! ¡Porque hacer reír a una lechuza es un «record» que está por batir, y yo lo bato!

SEÑÁ RITA.—¡Canalla, sinvergüenza, indecente!

ALEJO.—¡Que lo bato!

## ESCENA IX

DICHOS y CASILDA, por la izquierda.

CASILDA.—Hola, Rita; ¿qué tal?

SEÑÁ RITA.—¡Nunca he oído en esta casa chocarrerías e indecencias como las de tu hermano!

CASILDA.—Pero ¿qué te pasa? ¡Cálmate!

SEÑÁ RITA.—¡No puedo!

CASILDA.—Pero ¿qué te ha dicho?

SEÑÁ RITA.—¡Lechuza!

CASILDA.—¡Alejo!

ALEJO.—Es que me ha puesto como hoja de perejil. ¡De perejil! Cosa peligrosísima para ella.

SEÑÁ RITA.—¿Eso es llamarme loro? ¡Lechuza y loro! ¡Si no estuviera la niña delante, ya le llamaría yo a usté una cosa que no vuela!

CASILDA.—¡No le hagas caso! ¡Es un guasón, pero en el fondo es bueno!

SEÑÁ RITA.—¡En el fondo de la mar, con veinte piedras al cuello!

ALEJO.—*(Coge un dibujo de la mesa y baja al taller.)* ¡Lo bato!

CASILDA.—A todo esto, no te he dicho nada, niña. *(A Severina.)* Cada día te encuentro más mona.

SEVERINA.—Muchas gracias..., si lo de mona no es con segunda.

CASILDA.—No, hija; qué va a ser. ¡Qué mal pensada! *(A Ciriaco.)* Y usté, Prudentino...

SEÑÁ RITA.—Te advierto que es otro.

CASILDA.—¡Ay, es verdá! No me había fijao.

CIRÍACO.—Soy otro, pa servir a usted. Ciriaco Vela.

CASILDA.—¡Novio nuevo!

SEVERINA.—Sí, señora.

CASILDA.—¿Lo ha estrenao hoy?

SEVERINA.—El jueves.

CASILDA.—¡Que sea enhorabuena!

SEVERINA.—Gracias.

CASILDA.—¿Se lo has buscao tú?...

SEÑÁ RITA.—¡Ah, claro!

CASILDA.—¡Pues se la has buscao!...

SEÑÁ RITA.—¡Es más feo que el otro!...

CASILDA.—¡Ya lo veo! Oye, ¿y dónde habéis encontrao eso?

SEÑÁ RITA.—¡En Madrid-París, sección de Rompecabezas!... ¡Meritorio!

CASILDA.—¡Como que no dejará una sana! Porque te rompes la cabeza pensando, ¿dónde he visto yo un hombre más feo que éste?..., y no te acuerdas. *(Pausa.)* Bueno, siéntate. *(Se sientan.)* ¿Y a qué debemos el gusto de esta visita?

SEÑÁ RITA.—Pues hija, ¡debemos el gusto, a que tengo un disgusto grandísimo!

CASILDA.—¡Me alegro que no sea más que uno, porque tú vives siempre tan acongojada!...

SEÑÁ RITA.—¡Cómo quieres que viva, viendo la pena que amarga a mi hermano, y que tú no puedes calcular!...

CASILDA.—Sí, sí... Por la que me amarga a mí, la calculo.

SEÑÁ RITA.—¡La desobediencia de su hija le ha traspasado el alma! ¡Y como le pasó lo mismo con su hijo!...

CASILDA.—Bueno, bueno, deja ese tema... Son cosas nuestras..., y te ruego que vayamos al objeto de tu visita.

SEÑÁ RITA.—¡Que es bien doloroso! Pues nada, hija, tu marido, que se ha enterao de que su taller está en manos de Alejo y de su hijo, y me ha dicho que no puede consentirlo de ninguna manera; y que hagas el favor de cerrarlo en seguida, y entregarme las llaves a escape, pa que yo se las lleve inmediatamente.

CASILDA.—¿Naa más que eso?

SEÑÁ RITA.—Naa más.

CASILDA.—Bueno; pues dile a mi marido que las llaves no se las doy.

SEÑÁ RITA.—Es que me ha dicho...

CASILDA.—Que las llaves no se las doy. Que hasta la presente, mi hermano cumple bastante bien. *(Aparte.)* Perdona, Dios mío. *(Alto.)* Y que Jacinto se está escrismando a trabajar. *(Aparte.)* Otra vez perdón. *(Alto.)* Y que esté tan tranquilo, que por ahora cumplimos con la misma seriedad de antes... *(Aparte.)* ¡Jesús mío! *(Alto.)*, y que su nombre y el crédito de su taller no padecen en lo más mínimo. *(Aparte.)* ¡Bueno, después de esto tengo que ir a Roma descalza!

SEÑÁ RITA.—Pero ¿cómo le voy a llevar esas razones?

CASILDA.—Llévaselas en un cucurucho. ¿Qué quieres que te diga?

SEÑÁ RITA.—¡Es que me ha dicho que si no me dais las llaves a buenas, vendrá él por ellas, a malas!

CASILDA.—Muy bien. Pues dile que venga cuando quiera, que a su casa viene. Y añádele, que las llaves no se las llevará. El taller es nuestra vida, y la suya. Lo iremos sosteniendo, hasta que él quiera volver. Si vuelve, nos dará una alegría inmensa. Si no vuelve, viviremos esperándole, y como esperar es esperanza, con esta esperanza iré tirando de mis penas y sacando pa el vivir de mis hijos. Conque dile a tu hermano, por qué no puedo darle las llaves.

SEÑÁ RITA.—*(Se levanta airada.)* ¡Dame las llaves, Casilda!

CASILDA.—¡No te las doy!

SEÑÁ RITA.—Pues vendrá él a por ellas.

CASILDA.—¡Que venga!

SEÑÁ RITA.—¡Se las tendrás que dar!

CASILDA.—¡Tampoco se las daré!

SEÑÁ RITA.—Es decir, ¿que queréis hacer de su taller, que ha sido el más formal de Madrid, una cueva de vagos y de golfos que pisoteen su crédito, lograo con el sudor de su frente?...

CASILDA.—¡Yo qué voy a querer, si me estoy muriendo por todo lo contrario!

SEÑÁ RITA.—¿Tú qué te vas a morir, si tus hijos son como son porque han salido a ti?

CASILDA.—¡Y a mucha honra! ¿Qué quies decirme con eso?

SEÑÁ RITA.—Nada. Vámonos, hijos. Vámonos lejos de esta casa, ¡que apesta a golfería... *(Les hace salir a empujones.)* y a vagancia!...

CASILDA.—¿Qué estás diciendo, bruja infame?

SEÑÁ RITA.—¡Vámonos pronto..., que estoy asqueada!... ¡Y ahora vendrá mi hermano por las llaves!... ¡Y se las darás!

CASILDA.—¡Pues no se las daré!

SEÑÁ RITA.—¡Ya veremos si se las lleva! *(Vanse por la derecha.)*

CASILDA.—No se las llevará, ni aunque me corten las manos...

SEÑÁ RITA.—*(Desde dentro.)* ¡Sí se las llevará..., sí se las llevará!...

CASILDA.—¡No se las llevará! ¡Bruja maldita! ¡No, no se las llevará, no! *(Llora.)*

## ESCENA X

CASILDA, JOSÉ y la PEQUE, por la escalera.

JOSÉ MARÍA.—*(Subiendo.)* ¡Madre! ¡Madre! *(La abraza.)*

CASILDA.—*(Exaltada y llorosa.)* ¡A buena hora llegas, hijo mío!

JOSÉ MARÍA.—¡Si es a la que usté me necesita, no la hay mejor!...

CASILDA.—*(Abrazándole de nuevo.)* ¡Hijo de mi alma!

JOSÉ MARÍA.—¿Qué le pasa a usté pa esas lágrimas, y ese temblor, y ese disgusto?

CASILDA.—Naa... Tu padre, que quie venir a cerrarnos el taller.

JOSÉ MARÍA.—No haga usté caso. No lo hará.

CASILDA.—Ya conoces su genio y su tesón.

JOSÉ MARÍA.—¡Un rato! Algo he sufrido por eso. Como que si no hubiera tenido el consuelo de usté, pue que no se lo hubiera perdonao.

CASILDA.—No digas eso, hijo, que tu padre es bueno.

JOSÉ MARÍA.—Pero usté es mejor.

CASILDA.—Que comprendo las cosas.

JOSÉ MARÍA.—Por eso. Es que comprender las cosas, madre, es querer y perdonar. Y cuando mi padre me echó de esta casa, usté vino al rincón de la mía en las horas amargas, y me ha consolao de todo... ¡Una madre! *(La abraza.)*

CASILDA.—¡Hijo de mi alma!

JOSÉ MARÍA.—Mientras nos dura el cariño de una madre, no falta de naa en el mundo. Aquí está mi ejemplo, que por el cariño de usté lo tengo todo pa ser feliz. Fuera de casa tengo trabajo; dentro, amor y alegría. El amor de una mujer y la alegría de ese pispajo... ¡Sube, rata! *(Sube la Niña del taller.)*

PEQUE.—¡Abuela! *(La abraza.)*

CASILDA.—¡Chiquilla!

JOSÉ MARÍA.—¿Qué voy a envidiar yo con esto? *(La abraza.)* No tengo más espina que la de mi padre. Pero pienso que un día se le pasará la perra, se asomará a mi casa, me verá contento, y no va a ser tan rencoroso que no perdone el que el desobedecerle me haya hecho feliz.

CASILDA.—Si es lo que yo digo, hijo; sería mucha suerte encontrar la felicidad por caminos tan rectos como él quiere... Desviarse un poco para lograrla, no cayendo en lo malo, ¿no lo perdonará Dios?...

JOSÉ MARÍA.—¡Pues claro que sí! ¡Y, sobre todo, cuando el desvío es traer al buen camino lo que queremos!

CASILDA.—¡Cómo me alegra oírte, hijo! ¡Porque todo ese sentimiento de tus palabras, es mío! ¡Trasplantao de mi alma a tu corazón! *(Pausa.)* Y tu mujer, ¿por qué no ha venido?

JOSÉ MARÍA.—¡No se ha atrevido la pobre!

PEQUE.—Mi madre es muy corta. ¡Si viera usté! El otro día, si no me encaro yo con un municipal, nos pone una multa de dos cincuenta; porque fué mi mamá, y sacudió la alfombrilla de los pies de la cama fuera de hora, que ya sabrá usté que no se pue sacudir más que hasta las diez y media.

CASILDA.—No lo sabía.

PEQUE.—Yo tampoco, pero me lo dijo la Tere.

JOSÉ MARÍA.—La hija del alcalde de barrio, que son amiguitas.

PEQUE.—Esa se sabe las cosas del Ayuntamiento mejor que el señor Saborit. Sabe lo que se puede tirar a la calle, lo que no se puede tirar, a qué hora se sacude, cuándo se riega... Ella, pasa un señor, lo cala, y diga usté que lo ha calao dentro de las Ordenanzas. No hay quien la multe ni con una gorda.

CASILDA.—¡Mia qué vivales! Y oye, hija, que tengo curiosidá de preguntarte una cosa: ¿tú conoces a tu agüelo?

PEQUE.—Sí, señor; mucho.

JOSÉ MARÍA.—Eso me ha dicho; que le conoce.

PEQUE.—Un día que estaba a la puerta del taller, mirando el reló, muy serio. Y pasamos, y me dijo mi madre: «Ese señor tan malhumorado es tu agüelo.» Y al día siguiente, pasé yo sola; me le quedé mirando, y le dije: «Buenos días», y apreté a correr. Otra vez volví a pasar; le volví a decir: «Buenos días», y fué y dijo: «¿Por qué me saludará a mí este pispajo?» Y a la cuarta vez, enfadao, me gritó: «¡Mira, niña, vete a burlarte de tu agüela!» ¡En seguida me iba yo a burlar de usté!

JOSÉ MARÍA.—¡Cobona sí es!

PEQUE.—Y ahora ya no le digo nada, porque no le gusta, pero me le quedo mirando, y él a mí, y ya nos conocemos de eso..., de nada, de mirarnos, de vista, que creo que se dice.

CASILDA.—Muy bien, hija mía; eres muy mona.

PEQUE.—¡Vistosita! Mi mamá es más guapa.

JOSÉ MARÍA.—Bueno, madre, ¿y usté qué quería de mí?

CASILDA.—Es verdá, hijo, que con la alegría de teneros a mi lao, me se ha ido el santo al cielo..., ¡y aquí sí que se puede decir que al cielo!...

JOSÉ MARÍA.—Es que me había dicho Evaristo...

CASILDA.—Sí, hijo, que te necesito.

JOSÉ MARÍA.—¡Encantao!

CASILDA.—Y quisiera..., quisiera pedirte un favor.

JOSÉ MARÍA.—Usté dirá.

CASILDA.—Que te encargaras del taller.

JOSÉ MARÍA.—¡Ay madre! ¿Encargarme yo del taller? ¡Eso sí que no!

CASILDA.—Pero ¿por qué, hijo mío?

JOSÉ MARÍA.—Ya conoce usté a padre. Diez años sin tratarnos. Alguna vez que me he visto apurao, sin trabajo, le he echao amigos, y nadie ha podido torcer su ánimo. ¿Cómo quiere usté que ahora venga yo a suplantarlo, pa que se figure que me aprovecho?...

CASILDA.—No importa, hijo; que se figure lo que quiera. Tú eres mi única salvación. Ya conoces a tu tío Alejo.

JOSÉ MARÍA.—De ebanista, no le hay mejor en Madrid.

CASILDA.—Ni de vago, tampoco.

JOSÉ MARÍA.—Y Jacinto es un buen oficial.

CASILDA.—Pero no adelantan, no hacen naa, y no cumplen. El taller es una desdicha. Si tú vinieras, y con tu ejemplo...

JOSÉ MARÍA.—No insista usté, madre. ¡No puedo!...

CASILDA.—Pero ¿por qué?

JOSÉ MARÍA.—Porque..., ¡vaya! Porque yo en el taller de mi padre no entro más que cuando él me llame.

CASILDA.—¡Pero hijo!

JOSÉ MARÍA.—Cuando el disgusto por mi matrimonio, me dijo: «Mi casa y mi taller están cerraos pa ti.» Y cerraos están. Sólo él puede abrirlos, y no volveré ni un minuto antes, ni uno después, de lo que él me diga.

CASILDA.—*(Con amargura.)* ¡Ya salió de tu corazón lo que no es mío!...

JOSÉ MARÍA.—Cuando me fui de esta casa, me lo dejé todo..., ¡todo!..., menos este reló *(Saca de su bolsillo el reloj.)*, que mi padre me había regalao al cumplir los quince años, pa que fuera tan puntual como él. Pues como él soy. Ni un minuto antes, ni un minuto después que él me llame.

CASILDA.—*(Se levanta.)* ¡Pero hasta tú, hijo mío! ¡Tú, enseñándome un reló! ¡Y ajustando a un reló la súplica de una madre! ¡Qué castigo de relojes! ¡Malditos sean todos! ¡Malditos sean todos, que me han quitao el sosiego, el cariño de mis hijos, la paz de mi casa!...

JOSÉ MARÍA.—¡Pero madre!...

CASILDA.—¡Malditos sean!

JOSÉ MARÍA.—¡Cálmese, madre, cálmese usté!

CASILDA.—¡Y quita de mi vista ese reló, que no quiero verlo! ¡Que yo no quiero saber el tiempo, no quiero; pero sin saber ya veremos quién llega antes, a la hora de querer y de perdonar, si vosotros, o yo! ¡Ingratos!

PEQUE.—¡A mí me pue usté querer, que yo no tengo reló, agüela! *(Hace mutis con Casilda por la izquierda.)*

## ESCENA XI

JOSÉ MARÍA y ALEJO, que sube por la escalera.

JOSÉ MARÍA.—*(Tratando de retenerla.)* ¡Pero madre! ¡Madre!

ALEJO.—¡José María! ¡José María!

JOSÉ MARÍA.—¡Tío!

ALEJO.—Tu padre, que viene.

JOSÉ MARÍA.—*(Asustado.)* ¡Mi padre!

ALEJO.—Te lo digo por si no quieres que te vea.

JOSÉ MARÍA.—No, no.

ALEJO.—Le he visto entrar por el portal, y como tiene llave...

JOSÉ MARÍA.—Vamos, vamos. *(Vase por la escalera.)*

ALEJO.—Voy a avisar a mi hermana. ¿A qué vendrá ese ogro?... ¡Vaya una carita que trae! Viene como pa que lo elijan Miss Rabieta. *(Vase por la izquierda.)*

## ESCENA XII

SEÑOR PEPE; luego, CASILDA.

SEÑOR PEPE.—*(Entra grave y ceñudo por la puerta de la derecha. Se para, mira la habitación de punta a cabo. El reloj da una media. Le mira con sorpresa. Consulta el suyo.)* ¡Van atrasaos! *(Rápidamente se pone en pie en una silla y lo pone en hora. Luego arranca la hoja del almanaque.)* Aún están en ayer. *(Luego pone derecho un cuadro. Al oír que salen, vuelve hasta el dintel de la puerta.)*

CASILDA.—*(Que sale por la izquierda.)* ¡Pepe!... *(Con emocionada alegría.)*

SEÑOR PEPE.—¿Se puede?

CASILDA.—Nadie pide permiso en su casa.

SEÑOR PEPE.—Esta no es mi casa.

CASILDA.—Porque tú no la querrás.

SEÑOR PEPE.—Nada que no sea serio, ordenado y puntual pue ser mío. Ya lo sabes.

CASILDA.—Minuto más, minuto menos, como la dejaste la encuentras.

SEÑOR PEPE.—Minutos menos... Pero, en fin; no es el cómo esté mi casa lo que aquí me trae.

CASILDA.—Ya sé que vives mejor en la de tu hermana.

SEÑOR PEPE.—No sé si vivo mejor o peor; pero vivo con un orden, con una puntualidá, con un rigor, con una obediencia, que no discrepa en un minuto lo de hoy de lo de mañana.

CASILDA.—¡Muy divertido!

SEÑOR PEPE.—¡La vida no es diversión!

CASILDA.—Pero tampoco es esclavitú.

SEÑOR PEPE.—El espectáculo de aquella criatura ejemplar me conforta. ¡Eso es una hija! Ni come, ni vive, ni se mueve, ni quiere más que lo que la manda su madre. *(Coge un papel que hay en el suelo y lo tira al cesto.)*

CASILDA.—¡Pues lo que le ha mandao ahora, es horroroso!

SEÑOR PEPE.—Veo que la influencia chirigotera de tu hermano se respira aquí.

CASILDA.—Aquí respiramos como Dios nos da a entender. Hay que vivir.

SEÑOR PEPE.—Bueno, a lo mío. No vengo pa resolver nada de mi casa. Lo de mi casa es un problema que el tiempo resolverá a mi favor. Ya lo veremos. Vengo a otra cosa que me interesa más.

CASILDA.—¿Más?

SEÑOR PEPE.—Más; porque es mi crédito, Casilda, mi reputación, la seriedá de toda mi vida, que pa mí, es más que mi vida misma. Vengo por mi taller.

CASILDA.—¿Qué le pasa a tu taller?

SEÑOR PEPE.—Que necesito cerrarlo.

CASILDA.—¡Pues no lo cierras!

SEÑOR PEPE.—Lo cerraré.

CASILDA.—¡No lo cerrarás!

SEÑOR PEPE.—¡Es mío!

CASILDA.—Y de todos nosotros; porque es nuestra vida. Tú lo has dejao, yo lo tomo. Con los elementos que tenga, lo haré marchar. No querrás que nos muramos de hambre. ¡Porque yo, pedirte una peseta, no te la he de pedir! ¡Todos firmes; pues todos!

SEÑOR PEPE.—No regateo la firmeza. Lo que digo es que no quiero que lo que ha sido en Madrid un modelo de formalidá y de exactitú, se vea desacreditao y perdido en poder de tu hermano y de tu sobrino. ¡No, eso sí que no! ¡Mi taller, no!

CASILDA.—Mi hermano y mi sobrino, cumplen como pueden.

SEÑOR PEPE.—No cumplen.

CASILDA.—Sí cumplen.

SEÑOR PEPE.—No cumplen.

## ESCENA XIII

DICHOS y ALEJO, que sale envalentonado por la izquierda.

ALEJO.—¡Sí cumplen! ¡Su hermano y su sobrino cumplen con la clientela con tanta puntualidá como tú has cumplido o más!

SEÑOR PEPE.—*(Indignado.)* ¿Qué estás diciendo, so necio?

ALEJO.—¡O más!

CASILDA.—*(Por bajo.)* ¡No exageres, Alejo!

ALEJO.—*(A grito pelado.)* ¡O más! ¡Ha llegado la hora, con reló o sin él, de hablar fuerte! *(A Casilda.)* Todos los encargos que se nos han hecho, ¿no están cumplimentaos con fechas exactas? *(Casilda calla, azorada.)* Dilo. ¡Que se sepa la verdá! ¿No están cumplimentaos?

CASILDA.—*(Con la timidez y el reparo de quien sabe que miente.)* Ya le digo que sí.

ALEJO.—Ahí lo tienes. ¿Ha venido ni un solo cliente, ¡ni uno solo!, a reclamar lo más mínimo? *(Chillando.)* ¡Dilo!

CASILDA.—Ya he dicho que no.

ALEJO.—¡Ahí lo tienes! ¿Entonces, cerrar el taller, por qué? ¿Antes de las ocho de la mañana, no estamos aquí todos los días, ¡todos!, mi hijo y yo, como dos clavos?

SEÑOR PEPE.—Sin punta.

ALEJO.—Con punta. *(A su hermana.)* ¿No estamos? *(Vacila.)* Dilo. ¿No estamos?

SEÑOR PEPE.—*(Gritando.)* No estáis.

CASILDA.—*(Ya francamente azorada.)* Si están, Pepe.

SEÑOR PEPE.—No están. Tu cara es como un cristal pa la verdá, y la mentira te da un gesto de tristeza y de asco, que no puedes disimular, Casilda.

ALEJO.—No tiene que disimular nada. Y yo te digo que podrás abrir o cerrar el taller, pero no

porque te lo desacreditemos nosotros. Porque aquí, ¡óyelo bien!, se ha cumplido con la clientela de una forma que mueble que nos han encargao, mueble que se ha enviao el día prometido, u la víspera.

SEÑOR PEPE.—¡Alejo!

ALEJO.—¡U la víspera! ¡Y esto no hay quien me lo desmienta a mí! ¡No hay!

## ESCENA XIV

DICHOS y GARCÍA PINOCHO.

GARCÍA PINOCHO.—*(Aparece por la escalera.)* ¡Ay!

ALEJO.—¿Quién se ha quejao?

GARCÍA PINOCHO.—Un paciente.

ALEJO.—¡Mi madre! ¡Pinocho! *(Se queda hecho un trapo.)*

SEÑOR PEPE.—¡Señor Ceferino, usté! Suba, suba.

CASILDA.—*(Aterrada.)* ¡Madre mía!

GARCÍA PINOCHO.—*(Subiendo.)* ¡Hombre, señor Pepe!... ¡Cuánto me alegro! *(Le da la mano.)*

ALEJO.—*(Azorado, sin saber qué decir.)* Bueno, pues yo... con la resolución que se tome abajo aguardo... *(Intenta bajar.)*

SEÑOR PEPE.—*(Deteniéndole.)* No, espera.

ALEJO.—Es que...

SEÑOR PEPE.—No te vas.

GARCÍA PINOCHO.—Y me choca mucho, señor Alejo, que tenga usté ahora esa diligencia, cuando lleva usté quince días toreándome, con perdón de usté. *(Al Señor Pepe.)*

SEÑOR PEPE.—¡Y de usté!

GARCÍA PINOCHO.—Y sin entregarme los muebles que le he encargao.

SEÑOR PEPE.—*(A Casilda.)* ¿Estás oyendo? *(Coge la pata de sillón que Alejo dejó sobre una silla.)*

ALEJO.—*(Aterrado.)* Bueno, Pepe, no le hagas caso a este señor, que está loco.

GARCÍA PINOCHO.—De ir y venir y no encontrar a nadie.

SEÑOR PEPE.—*(Zarandeando a Alejo y dirigiéndose a su mujer.)* Ven acá..., y dime tú, cómplice infeliz de este bandido, ¿es así como se han cumplimentao los encargos que les han hecho con fechas exactas? ¡Dilo!

ALEJO.—¡Por Dios, Pepe, no me zarandees, que hace dos tardes que tengo décimas!

SEÑOR PEPE.—¡Pero no serán de vergüenza!

ALEJO.—De temperatura. No me zarandees, Pepe.

SEÑOR PEPE.—*(A Casilda.)* ¿Y es así como cumplen estos granujas con la clientela, con tanta puntualidá como yo, o más?... ¿O más? *(Que sigue en su zarandeo, y que de un empujón le sienta en una silla donde está el acerico.)* ¡Tunante! ¡Vago!

ALEJO.—*(Que se levanta de un salto, dando un grito.)* ¡Ay! ¡Por Dios, Pepe, que no te fijas y me has sentao sobre un acerico!... ¡Que lo tengo clavao en el..., en el alma!

## ESCENA XV

DICHOS y GANDULLA, del taller; luego, NIEVES y JACINTO.

GANDULLA.—*(Asomándose.)* Hombre, yo no quisiera venir a pinchar más, pero...

ALEJO.—*(Horrorizado.)* ¡Gandulla!

SEÑOR PEPE.—¡Señor Gandulla!

GANDULLA.—Otra víctima de ese despellejado, sí, señor.

ALEJO.—Bueno, yo abajo espero, y con lo que se resuelva...

SEÑOR PEPE.—*(Le sujeta.)* ¡Quieto aquí! No te vas.

GANDULLA.—Usté no se menea de este gabinete sin decirme a mí, delante del maestro, cuándo recojo el comedor, o sin devolverme las seiscientas leandras que le anticipé para su confección.

SEÑOR PEPE.—Pero ¿qué dice usté? ¿También pedir dinero y estafar en mi nombre? ¡Lo mato! ¡Le parto el cráneo! ¡Y éste va a ser el brazo ejecutor!... *(Enarbola la pata.)*

ALEJO.—*(Huyendo.)* ¡Pepe, por Dios, fíjate que no es brazo, que es una pata!

SEÑOR PEPE.—¡Bandido! ¡Deshonrarme a mí! ¡A un hombre intachable!

CASILDA.—¡No, Pepe, ten reflexión! ¿Qué ties tú que ver con las mentiras de mi hermano?

SEÑOR PEPE.—¡Pero deshonrarme...!

ALEJO.—¡Que no te he deshonrao! ¡Yo he mentido, sí, lo confieso, pero no es pa ponerse así, señor, porque la mentira es una cosa industrial!

SEÑOR PEPE.—¿Industrial?

ALEJO.—Sí, señor. Porque si estrangularas a toos los sastres que no cumplen, a toos los zapateros que mienten y a toos los albañiles que engañan, en la Casa del Pueblo ya no quedaría más que Besteiro. ¡Que lo diga él!

SEÑOR PEPE.—¡Bueno, calla, calla, sinvergüenza! ¡Yo no quiero ver esto en mi casa, no!

NIEVES.—*(Saliendo.)* ¡Pero padre!

JACINTO.—*(Idem.)* ¡Tío! ¡Perdónelo usté!

SEÑOR PEPE.—¡Dejarme! ¡Estoy horrorizado! ¡Y asqueado! *(A su mujer y a su hija.)* ¡Estos golfos son los que habéis metido aquí, en estas paredes, donde no ha sonao nunca más que la verdá! ¿Lo veis?... ¡Ya os lo pronostiqué! ¡Pero no, yo no consiento esto! ¡Fuera los dos! ¡Fuera de mi casa para siempre! ¡Y óyelo bien, Jacinto! Yo me opongo a que te cases con mi hija, ¡yo!, si no basta como padre, ¡como hombre!

JACINTO.—*(Aterrado.)* ¡Nieves!

NIEVES.—¡Lo tienes merecido! *(Queda llorando.)*

SEÑOR PEPE.—*(Frenético.)* ¡Fuera de mi casa, para siempre!... ¡Y óyelo bien, Alejo: esta es la última vez de mi vida que te dirijo la palabra! *(Se van aterrados por la derecha.)* Y ahora, Casilda, no te opongas, porque el taller lo cierro; la herramienta, la retiro y mi nombre lo borro de la muestra. ¡Es lo menos que merecéis!

## ESCENA XVI

DICHOS y JOSÉ MARÍA, que sube del taller.

JOSÉ MARÍA.—¡Hágalo usté así, padre, si así lo cree mejor!

SEÑOR PEPE.—*(Asombrado.)* ¿Tú? ¿Tú aquí?

CASILDA.—Le hice yo venir.

JOSÉ MARÍA.—Quite usté la muestra y llévese la herramienta; pero el taller funcionará con otra herramienta y con otro nombre: José María Suárez, hijo. *(Abraza a su madre.)*

SEÑOR PEPE.—Con tu nombre, haz lo que quieras.

JOSÉ MARÍA.—Quiero trabajar, pa cumplir lo que ésos no han cumplido, y pagar lo que han dejao a deber..., y que el dolor de mi hermana tenga un alivio, y mi madre...

SEÑOR PEPE.—¡Allá vosotros!

CASILDA.—¡Aquí, nosotros! ¡Allá, tú! ¡Pero ya nos encontraremos!

SEÑOR PEPE.—Mientras no os desapartéis de esa gentuza, ¡nunca, nunca, nunca! *(Vase por la derecha.)*

NIEVES.—¡Ay José María de mi alma! ¡No nos abandones!...

JOSÉ MARÍA.—¡No te apures!

CASILDA.—¿Crees, hijo, que podrás con todo lo que te propones?

JOSÉ MARÍA.—Sí, señora, porque quiero remediarla a usté, salvar a mi hermana, sostener a los míos, atraer a mi padre..., ¡y cuando tantos cariños empujan en la vida, se llega a too lo mejor del mundo!

NIEVES.—¡José María!

CASILDA.—¡Hijo mío!

ALEJO.—*(Subiendo del taller de puntillas.)* ¡Casilda!

CASILDA.—*(Indignada.)* ¡Quítate de mi vista!

ALEJO.—¡No echarme, que subo regenerao! *(Se arrodilla.)* ¡José María, cuenta conmigo! ¡Trabajaremos!

JACINTO.—*(Que ha subído con él.)* ¡Sí, trabajaremos!

ALEJO.—¡Por lo menos tú, hijo mío!

TELÓN

# ACTO TERCERO

La misma decoración de los anteriores. De día también.

## ESCENA PRIMERA

SOLE y NIEVES; luego, JACINTO, del taller. SOLE está probando a NIEVES una combinación muy vistosa y muy escotada.

SOLE.—¿Cómo te hace?

NIEVES.—Entállamela un poco más.

SOLE.—¿Y del escote?

NIEVES.—Muy descarao. Súbeme de los hombros...

JACINTO.—*(Que se asoma por la escalera de caracol.)* ¿Se puede?...

NIEVES.—*(Cubriéndose el escote con los brazos.)* ¡Ay, no, por Dios!

SOLE.—¡Qué se va a poder, hombre!

JACINTO.—Digo que se puede escotar algo menos, porque de eso al desnudismo hay dos cintitas. ¿Es un camisón pa dormir?

SOLE.—¿Qué va a ser pa dormir esto?

JACINTO.—Ya sé yo que con eso no hay quien coja el sueño, pero vamos...

NIEVES.—Es una combinación.

JACINTO.—Pa desvelar a un santo. Ya lo veo. ¡Y menuda!

SOLE.—¡Bueno, abajo!...

JACINTO.—¡Qué remedio! *(Desaparece.)*

SOLE.—¡Qué hombres! Parece que los llaman. En cuanto tien que ver algo...

NIEVES.—No; en cuanto no tien que ver, dirás. Dame la bata.

SOLE.—Toma. *(La ayuda a ponérsela.)*

NIEVES.—Y mientras, córtame el quimono.

SOLE.—¿Dónde has dejao el patrón?

NIEVES.—En mi cuarto. *(Vase Sole, y ella se asoma a la escalera de caracol y llama.)* ¡Jacinto!... ¡Jacinto!...

JACINTO.—¿Te has vestido ya de paisano?

NIEVES.—¡Guasón!

JACINTO.—¿Subo?

NIEVES.—Con que asomes la cabeza, basta.

JACINTO.—Anda, déjame un poquito más.

NIEVES.—¡Que no!

JACINTO.—Bueno.

NIEVES.—¿Estáis trabajando ya?

JACINTO.—Todos. Como fieras.

NIEVES.—De eso quería enterarme.

JACINTO.—Y yo, en un rincón del taller, con un cerote horrible. Tengo miedo que el mejor día entre tu padre y me sospendra.

NIEVES.—¡La verdá es que si se enterara que habéis vuelto...!

JACINTO.—Orden de tu hermano ha sido. Pero yo estoy muy mosca, y cuando alguien cepilla y oigo el chitss, chitss... del cepillo... *(Imita.)*, paece que es que me llaman desde la puerta, y no hago más que volverme.

NIEVES.—Tú ties la culpa. Si hubieras sido formal...

JACINTO.—¡Mujer, la juventú!...

NIEVES.—¡Caray con la juventú!... ¡Que vosotros todo se lo achacáis a la juventú! ¿Que te emborrachas? ¡La juventú! ¿Que no trabajas? ¡La juventú! ¿Que haces una granujada? ¡La juventú!... Pues a ver si te buscas una juventú más decente; que jóvenes hay que se dejan las manos en el trabajo y los ojos en los libros.

JACINTO.—Por lo que a mí hace, que te diga tu hermano. Que me he hecho de bueno, que desde el último disgusto con tu padre, que no me acuesto una noche que no me santigüe...

NIEVES.—Eso ties que hacer.

JACINTO.—Y rezo aquella oración que rezaba de chico... «Con Dios me acuesto, con Dios me levanto...»

NIEVES.—Pues así toda la vida.

JACINTO.—No, caray; eso, no; que pienso modificarla dentro de poco.

NIEVES.—Bueno, bueno... Naa de chirigotas, y abajo.

JACINTO.—Oye, y a propósito: ya que estoy aquí, ¿quieres que ensayemos un beso modelo mil novecientos treinta y cuatro, que ha inventao Greta Garbo en la película «Las buenas noches»?

NIEVES.—¡Caray!... ¿Y en qué consiste la novedá?

JACINTO.—En que no hace falta que quieras... Con que te estés quieta, basta... ¿Lo adoptamos?

NIEVES.—¡Mia qué rico!... Anda, anda, p'abajo, so sinvergüenza! Y ya que has sido puntual, aprovecha.

JACINTO.—Te advierto que es un modelo que ha tenido una acetación loca...

NIEVES.—Oye, y ahora que digo de la puntualidá: ¿no ha venido tu padre?

JACINTO.—No, y me choca, porque en toda la trasformación que se ha operao aquí, lo de mi padre es lo más milagroso. Al cabo, a mí, esto de la puntualidá me ha cogido con los huesos tiernos... ¡Pero él, hacerse puntual a sus años!

NIEVES.—¡Y cómo de puntual!...

JACINTO.—¡Que viene, que diez minutos antes de abrir el taller ya lo tienes en la puerta!

NIEVES.—¡Luego dicen que no hay milagros!...

JACINTO.—A mí me ha dicho que es que se lo pidió a San José que lo hiciera puntual y trabajador.

NIEVES.—¡Que fué pedirle!

JACINTO.—Y se lo ha concedido de una manera que a veces, cuando está fatigao y sudando, le oigo decir mirando al cielo: «¡Oye, Pepe: no abuses!»

NIEVES.—Pues me choca que no esté aquí, porque ya pasan cinco minutos de la hora. *(Suena el timbre de la puerta repetidamente.)*

JACINTO.—¿Quién será?
NIEVES.—Pue que sea él; que como viene tarde...
JACINTO.—Es posible. Voy a ver. *(Vase derecha.)*

## ESCENA II

DICHOS y CASILDA, por la primera izquierda; luego, ALEJO y JACINTO, por la derecha.

CASILDA.—*(Saliendo, aterrada.)* ¡Qué modo de llamar!... ¿Quién es? ¿Qué pasa?
ALEJO.—*(Entra por la derecha, jadeante y con una fatiga que no puede hablar. Se limpia el sudor. Respira como un fuelle.)* ¡Una si... si..., una si... si... silla.
CASILDA.—¡Pero qué fatiga traes!
NIEVES.—¿Qué le pasa a usté, tio?
ALEJO.—Nada. La pun... pun..., la pun... pun..., la puntualidá, que ya le ha cogido a uno viejo y no me prueba. ¡Me se ha hecho un poco tarde!
CASILDA.—¡Pero respira, hombre!
ALEJO.—No tengo tiempo, que son cinco minutos y no quiero que me... *(Se levanta, y ya todo lo hace con rapidez de vértigo.)*
CASILDA.—¡Pero, hombre, no lo tomes así!
NIEVES.—¡Por cinco minutos!...
ALEJO.—No, no. Yo ya, metido a puntual, soy un minutero. *(A su hermana.)* Sácame el café. *(A su sobrina.)* Sácame la blusa. *(A su hijo.)* Sácame un cigarro... de tu petaca, y enciéndemelo, que no tengo cerillas. Volando. *(Cada uno hace rápidamente lo que se le manda.)*
NIEVES.—*(Ayudándole a ponerse la blusa.)* Pero ¿le ha pasao a usté algo?
ALEJO.—No, nada; que como venía corriendo, con medio minuto de retraso, me he resbalao en la Fuentecilla, y me se ha acercao una joven morena a levantarme, con cada ojo, que, vamos..., y me ha llevao a una farmacia, a la farmacia de

la licenciada doña Anastasia Mínguez... ¡Y qué licenciada! ¡Como pa doctorarse!... ¡Y me ha dao una fricciones que me...! ¡Bueno; si me coge en otra época, no vuelvo en quince días!

NIEVES.—¡Pero meta usté el brazo, hombre, que no atina!

ALEJO.—¡La farmacéutica, que aún me da vueltas! *(Por fin se pone la blusa.)*

CASILDA.—Aquí tienes el café. *(Le da un tazón en un plato.)*

ALEJO.—Venga, corriendo. *(Va a bebérselo, se abrasa la boca y espurrea el sorbo.)* ¡Mi madre!... ¡Me he abrasao! ¡Esto es lumbre!

CASILDA.—Pues claro, hombre. Pero ¿a quién se le ocurre?... ¡Si no me has dao tiempo a decírtelo!...

ALEJO.—¡Mujer, es la prisa, que me...! *(Sopla y bebe.)*

NIEVES.—¡Pero, caramba, sople usté pa la calle, que nos está poniendo negras! *(Sopla para otro lado y bebe de prisa.)*

CASILDA.—¡Hombre, por Dios!... ¡Si te lo bebes en la plaza de toros, despejas un tendido! *(Se limpia el espurreo.)*

ALEJO.—*(Con velocidad de vértigo.)* ¡Despachao!... Cómete tú el churro *(A su sobrina.)*, que no me puedo entretener. Toma el tazón... Venga el cigarro... ¡Caray, te lo has fumao casi todo!

JACINTO.—¡Hombre, como no tiene usté tiempo!...

ALEJO.—¡Y al trabajo!... *(Medio mutis.)* ¡Ah!, darme el pañuelo. *(Lo coge. Medio mutis.)* ¡Ah!, el dibujo de la mesa. *(Lo saca de entre unos papeles. Medio mutis.)* ¡Ah! ¡Nada más!... Digo, sí... *(Coge a Jacinto de un brazo.)* ¡Tú, p'abajo!...

JACINTO.—¡Pero, padre!...

ALEJO.—*(Obligándole.)* ¡Nada..., pocas conversaciones!

JACINTO.—Si es que estaba aquí, hablando...

ALEJO.—¡Al trabajo! *(Le empuja por la escalera de caracol abajo.)*

CASILDA.—*(Admirada.)* ¡Así, así me gusta verte!

ALEJO.—*(Desde la escalera.)* Pues todo esto se lo debo a San José. *(Mirando al cielo.)* ¡Gracias, señor Pepe! *(Baja como una flecha.)*

## ESCENA III

CASILDA y NIEVES.

CASILDA.—¡Quién te ha visto y quién te ve!

NIEVES.—¿Les durará mucho?

CASILDA.—Sí les durará. Ya lo verás. Es el ejemplo de tu hermano, que es el primero en llegar al taller. ¿Que tardan? No los atosiga. Se pone a hacer el tajo del que falta, y claro, a ellos les da vergüenza. Al fin son hombres, y otro día se miran en faltar... Y poco a poco..., pues ya ves el cambio de tu tío y el de Jacinto.

NIEVES.—El caso es que los de García Pinocho ya tienen sus muebles. Se ha cumplido el compromiso con el señor Gandulla, el de las seiscientas pesetas...

CASILDA.—¡Que me se ha quitao un peso de encima!...

NIEVES.—Y se va saliendo con los demás.

CASILDA.—Pero no hay alegría completa en el mundo, hija mía, ¡no la hay!... Porque, siento inquietarte, Nieves, ¡pero a mí lo de tu padre me tiene preocupadísima!

NIEVES.—Y a mí, madre... No se lo he dicho a usté por no apurarla más; pero hace tres noches que no duermo!

CASILDA.—¡Qué conducta más extraña la suya!... ¡Desaparecer de repente!... Cuando vino tu hermano, ni se llevó la herramienta, ni cerró el taller... Ya me lo figuraba yo.

NIEVES.—Y todos los días pasaba tres o cuatro veces por delante de la casa, como vigilando... Miraba por los cristales y se iba sin decir palabra.

CASILDA.—Y de pronto, no vuelve más. Desapare-

ce. Y no sólo desaparece él, sino que se deja de ver a tu tía Rita y a su hija... ¡Los tres a un tiempo!... ¿Qué puede haber sido?

NIEVES.—Y lo más extraño y misterioso es que me ha dicho Jacinto que una noche se encontró al novio de la chica por los alrededores del Hospital, solo y con la cabeza vendada, como si le hubieran hecho la trepanación.

CASILDA.—¡Jesús, qué extraño!

NIEVES.—¿Qué será, madre? ¿Estará padre enfermo?

CASILDA.—Lo sabríamos. Tu tía no deja de dar una mala noticia.

NIEVES.—¿Será que ha visto entrar al tío Alejo y a Jacinto, y desesperao porque no le obedecemos se ha ido lejos de Madrid?

CASILDA.—¡Ay, calla, hija; no me lo digas, que ya lo he pensao yo también. Y no, no quiero vivir más con esta inquietú. Yo buscaré a tu padre; y como esté en Madrid, le traigo aquí a la rastra, aunque sea.

NIEVES.—¡Sí, por Dios!

CASILDA.—Deja, que le he de buscar bajo siete estaos de tierra que estuviese... ¡Y cuando yo le coja, te juro que ya no se vuelve a ir de su casa! ¡Por éstas!

## ESCENA IV

DICHAS y JOSÉ MARÍA, del taller.

JOSÉ MARÍA.—*(Desde abajo.)* ¡Madre, madre!...

CASILDA.—¡Hijo!

NIEVES.—Sube, que estamos solas. *(José María sube.)*

CASILDA.—*(Con ansiedad.)* ¿Qué?

JOSÉ MARÍA.—Pues nada, que he seguido mis pesquisas, a ver si averiguaba algo de lo de padre...

CASILDA.—¿Y qué?

JOSÉ MARÍA.—El misterio más absoluto. Nadie

sabe nada de él. Como si se lo hubiera tragao la tierra.

CASILDA.—¡Jesús bendito!

JOSÉ MARÍA.—Y la tia Rita y la Severiana, desaparecidas igualmente.

NIEVES.—¡Ay Dios mío!, pero ¿qué será?

JOSÉ MARÍA.—A mí, en vista de lo negativo de mis averiguaciones, me ha parecido mejor mandar a la peque a la portería de la casa y a preguntar por las tiendas de alrededor a ver si averiguaba algo, y ella les dirá a ustedes...

CASILDA.—Sí, sí...

JOSÉ MARÍA.—*(Llamando.)* Sube, peque...

## ESCENA V

DICHOS y la PEQUE, del taller.

PEQUE.—¡Abuela!... *(La besa.)*

CASILDA.—¡Hija!... Qué, ¿has averiguado algo?

PEQUE.—¡Pues lo he averiguado todo!

NIEVES.—*(Con ansiedad.)* ¿Todo?

PEQUE.—Todo. Que no sabe nadie nada.

CASILDA.—¡Pues si que son noticias!

NIEVES.—Pero tú ¿a quién has preguntao?

PEQUE.—Pues verá usté. En la casa donde vivía el agüelo tengo yo una chica conocida que está en casa de madame Piqué, Robes, Modes y Manteaus, de aprendiza; pero ya la han sentao; porque como es muy lista, fué y se hizo de la Casa del Pueblo del Sindicato de la Aguja, y l'han tenido que dar dos reales a la semana.

JOSÉ MARÍA.—Bueno; suprime detalles, niña.

CASILDA.—Sí, deprisita, rica.

PEQUE.—Bueno; pues esta chica, que la llamamos Cucu, porque se llama Cucufata y es muy feo...

CASILDA.—¡Feísimo!

PEQUE.—Es hija de una señora que vende cangrejos y que conoce mucho a la portera porque se

pelean todos los días, por un perro que tiene, que las ensucia toas las mañanas el mismo rellano, que misté que es manía.

CASILDA.—Bueno, ¿y qué?

PEQUE.—Pues que fuí y le pregunté, y me ha dicho que no saben más del agüelo sino que no ha salido de casa más que dos veces: una pa pegarse con el campanero de San Cayetano, porque llevaba atrasao el reló de la torre y se lo quiso poner bien y el campanero no quiso, y otra pa componerle el reló a la portera, que se lo compuso, y ya no ha andao más.

JOSÉ MARÍA.—Anda, hija, al grano.

PEQUE.—Y que un día fué, y de pronto, se les dejó de ver a los tres lo poco que se les veía; y fueron los vecinos y llamaron al piso, y no contestó nadie porque ya no estaban: ni el agüelo, ni la señá Rita, ni la Severina. Y eso es too lo que sabe la Cucu...

CASILDA.—¡Pues sí que nos ha sacao de dudas la Cucu!

NIEVES.—Pero yo con too esto me devano los sesos y no caigo en lo que puede haberles pasao.

JOSÉ MARÍA.—¡Y yo, con el carácter de padre, me temo cualquier cosa y tengo miedo, la verdá!

CASILDA.—No, hijos, por Dios; no hay que arredrarse. Yo averiguaré dónde está vuestro padre y lo que le ha pasao. No sé de naa en el mundo que se resista a una voluntá firme. Tengo una sospecha y quiero hacer una averiguación, a ver si encontramos la pista. Mira, Peque: dile a tu madre que venga.

JOSÉ MARÍA.—La Luisa ya sabe usté que tiene reparo de venir aquí, madre, porque...

CASILDA.—Señor, no nos la vamos a comer. Cuando la decimos que venga es que queremos tenerla aquí, y que la necesitamos. Dila que venga, anda, que la llamo yo.

PEQUE.—Bueno; sí, señora; corriendito. *(Vase por la derecha.)*

CASILDA.—Y tú, hijo, a trabajar, y no te preocupes.

JOSÉ MARÍA.—A trabajar, sí, pero preocupao.

CASILDA.—Y yo voy a ver si en mi armario encuentro la apuntación de unas señas que no recuerdo y me puen facilitar... Y tú a lo tuyo, hija, y a levantar el alma... ¡Pero qué es esto, veros ahí achicaos! ¡Animo, que ya nos abrirá Dios puertas de claridá y toos saldremos adelante, caa uno con lo suyo! Mirarme a mí, que tengo juntas en el corazón las penas de toos vosotros... ¡y las mías!..., ¡y me sobran alientos pa llevarlas! ¡Animo, ánimo!... *(José María baja al taller preocupado. Casilda vase por primera izquirda.)*

## ESCENA VI

NIEVES y SOLE.

NIEVES.—¡No, yo no estoy tranquila!... ¡Jesús, qué padre! ¡Qué hombre!

SOLE.—*(Saliendo segunda izquierda.)* Qué, ¿no habéis averiguado naa?

NIEVES.—Nada. Y me va a mí por la cabeza que esta desaparición de mi padre es por algo muy gordo. A ver si me equivoco.

SOLE.—De seguro que te equivocas. Al remate, naa. Ya lo verás. Tu padre es un raro.

NIEVES.—Y too esto, ¿por qué, Dios mío?... Por un minuto, por la línea rezta, por la exactitú... Por si se ha dicho una palabra...

SOLE.—Chica, no lo digas; pero yo veo lo que os pasa, y por eso creo que me gustan a mí los hombres informales. Rabia una, pero siquiera respira... y se ríe de cuando en cuando...

NIEVES.—Tienes razón.

SOLE.—¡A ver! Coseré estos pespuntes a máquina, ¿te parece? *(Se sienta y cose.)*

NIEVES.—Bueno. *(Vase entristecida primera izquierda.)*

SOLE.—¡Qué preocupada está!... Y es pa ello.

¡La verdá es que esa gente tan formal da unos disgustos!... *(Cose.)*

## ESCENA VII

SOLE y ALEJO, del taller.

ALEJO.—*(Que sube como un rayo.)* ¡Hola!... ¡Con permiso!... Voy a ver si encuentro el dibujo de la ménsula del... *(Va a la mesa y hojea rápidamente varios dibujos.)* Sillería..., aparador..., «cheslón»..., coqueta... *(A Sole.)* No es a usté. Entredós..., consola..., rinconera... «Buró»..., aquí está, «buró»... *(Va a bajar y se queda extático al ver las piernas de Sole, que ha descuidado bajar las faldas con la preocupación de su labor.)* ¡Mi madre!... *(Tratando de disimular.)* «Buró»... ¡Mi madre, qué pantorrillas!... «Buró», «buró»... ¡De concurso!... «Buró»... ¡San José, ahora es cuando me haces falta!... ¡Qué hermosura!... «Buró», «buró»... ¡San José, un tirón, que me he enroscao!... «Buró»..., «buró»...

SOLE.—Pero ¿qué le pasa a usté, señor Alejo?

ALEJO.—«Buró»... Digo, nada, que...

SOLE.—Se ha quedao usté como el que ve visiones.

ALEJO.—Quia. Todo lo contrario. *(Aparte.)* ¡San José, un milagro! *(Sole se vuelve.)* Que se volviera no he dicho. *(Sole vuelve a colocarse como antes.)*

SOLE.—Pero ¿le pasa a usté algo?

ALEJO.—No, nada, Solita; dos cosas..., dos cosas que me se han venido a la imaginación, y si usté me perdona que la interroguée...

SOLE.—Diga usté.

ALEJO.—Usté, el año pasao, en la fiesta del gremio de ebanistas, ¿no fué elegida «Miss Viruta»?

SOLE.—Sí, señor. ¡Qué memoria tiene usté!

ALEJO.—Hija, cuando se ve la catedral de Burgos, o cualquier otro monumento arquiteztónico,

bien gótico, bien... *(Se para. Atiende, asustado.)* ¿Ha oído usté pisadas?

SOLE.—No, señor; pero parece que está usté asustao.

ALEJO.—No, señora; es que yo, cuando hablo con una costurera, hablo siempre con el alma en un hilo.

SOLE.—*(Riendo.)* ¡Hombre, muy galante!

ALEJO.—Lo que usté merece. ¿En qué estábamos?

SOLE.—En la catedral de Burgos.

ALEJO.—¡Ah, sí!... Y en la susodicha fiesta, ¿no fué usté también premiada en un concurso de pantorrillas?

SOLE.—Sí, señor; con un accésit, consistente en una polvera extraplana y una caja de puros... pa mi novio.

ALEJO.—Me acuerdo. Y me acuerdo que fuimos varios los que protestamos del fallo, porque no le dieron a usté el primer premio.

SOLE.—Una injusticia; pero fué que el teniente alcalde tenía interés por una chica de Canillas.

ALEJO.—¡Qué aberración! ¡Darle el primer premio a una chica de Canillas y posponer ese delirio escultórico!...

SOLE.—*(Sonriendo.)* Me han engordao.

ALEJO.—*(Sube del todo.)* ¡Ah!, ¿sí?... ¡Caramba, pues en eso no me había yo detenido!... *(Se acerca a mirarlas.)* Sí parece...

SOLE.—¡Que oigo pisadas!

ALEJO.—*(Corriendo escaleras abajo.)* ¡Mi madre!... ¡San José, que s'ha enfadao! *(Desaparece rápido.)*

SOLE.—¡Qué tío!... ¡Es un sinvergonzón más simpático!... ¡Creo que ahora se está haciendo formal! ¡Qué lástima! *(Vase derecha.)*

## ESCENA VIII

CASILDA; luego, LUISA y la PEQUE.

CASILDA.—*(Sale por la izquierda, leyendo un papel.)* Como Pepe too lo tiene en orden, deseguida he encontrao las señas: Mariano Suárez, Ribera de Curtidores, veintiséis, triplicao. Es un primo suyo; se trataban poco, pero si se ha separao de su hermana, pue que haya ido a parar allí. *(Timbre de la puerta.)* ¿Serán la Luisa y la niña?... ¡Ojalá! Estas me pueden valer pa mi plan. *(Sale y abre.)* Pasa, hija, pasa.

PEQUE.—¡Vamos, no tenga usté vergüenza, madre!

CASILDA.—¡Mujer, ya era hora que te viéramos por aquí!

PEQUE.—¡La he tenido que traer a la rastra!

LUISA.—*(Entrando.)* Perdone usté... Tenía cierto reparo...

CASILDA.—¿De qué? ¿No es ésta tu casa?... ¿Te he hecho algo pa que no lo creyeras?

LUISA.—¡Usté qué me va a hacer, si es una santa!

CASILDA.—¡Qué santa!... ¡Que os quiero a todos: a mi hijo y a ti, que eres de mi hijo..., y a este pispajo!

PEQUE.—Que soy de toos, porque too el mundo me trae y me lleva.

LUISA.—¡Mi reparo, usté lo comprenderá, y por usté no era!... Pero como el señor Pepe siempre me ha tenido cierta idea...

CASILDA.—No hagas caso, hija. ¡Que son hombres! ¡Hombres!... Que nos pierden, y luego nos desprecian.

LUISA.—¡Por eso!... ¡A mí me ha dao siempre tanto miedo, ahora que soy tan feliz, que nadie me recuerde el pasao!...

CASILDA.—¿Quién te lo va a recordar?... ¡Delan-

te de mí, nadie!... ¡Le volvería yo las palabras a la boca!

LUISA.—¡Madre! *(La abraza.)*

CASILDA.—Además, no hagas caso. El pasao, ¿qué es?... Ya lo dice la palabra: «Pasao.» ¡Nada! Lo de ayer, ¿qué importa?... ¡Si ya no se pué remediar! Hoy, mañana... Ahí está la vida. Porque hoy se puen hacer muchas cosas buenas, y mañana, más.

LUISA.—Sí, pero hay tanta gente rencorosa...

CASILDA.—¡Peor pa ellos! Echarle a nadie en cara el pasao es una venganza. ¿Qué haces hoy, qué harás mañana?... Eso es lo que le interesa al mundo. Que pa hacer buena a la gente no hay que entristecerla con el recuerdo de lo que s'ha ido; hay que animarla pal esfuerzo de hoy y darla esperanzas pa mirar con alegría el porvenir.

LUISA.—¡Usté sí que es buena!

CASILDA.—No he sido mala; pero es que la vida tampoco me ha empujao al mal. Si me hubiera visto como tú, sola y desamparada, ¡quién sabe!...

LUISA.—¡Qué alegría y qué ánimo me dan oírla a usté!

CASILDA.—Bueno; y basta de sermón...

PEQUE.—Sí, porque yo ya me iba a persignar.

CASILDA.—Y vamos a lo que quiero de vosotras.

LUISA.—Usté dirá.

CASILDA.—Tomas un «taxi» y vas a estas señas con la peque: Ribera de Curtidores, veintiséis, triplicao, y que vaya ésta y pregunte si vive allí todavía el señor Mariano Suárez... En caso de que sí, con mucha habilidá, averigua si está allí tu agüelo, y si está...

PEQUE.—¿Lo traigo?

CASILDA.—Si puedes. Y pa eso...

PEQUE.—Pa eso no me tie usté que decir naa. He leído Serlok Holmes, Niu Carter y Tom Valace..., y me sé al dedillo cuasi todos los trucos policíacos.

CASILDA.—¡Caramba, no sabía yo...!

PEQUE.—Si está allí el agüelo, le traigo a usté el agüelo o parte de él.

CASILDA.—*(Asustada.)* ¿Cómo parte?... ¿Qué dices?

PEQUE.—O parte de él..., vamos, de lo que le haiga sucedido.

CASILDA.—¡Ah, me habías asustao!... Pero, en fin, tú tráeme la noticia de si está allí o no está, y no necesito más.

PEQUE.—Necesita usté al agüelo, y se lo traigo. Yo no hago las cosas a medias.

LUISA.—Y qué es, ¿que no parece?

CASILDA.—No parece ni él, ni su hermana, ni la hija... ¡Como si se los hubiera tragao la tierra!... ¡Y figúrate mi inquietú, con esos caracteres y esas!...

LUISA.—¡Naa, confíe usté en nosotras!... ¡Vamos, hija!

CASILDA.—A ver lo que haces, niña...

PEQUE.—¡O le traigo a usté al agüelo, o no sería yo lo poquito que soy! *(Vanse derecha. Sale Casilda a despedirlas.)*

## ESCENA IX

ALEJO; luego, CASILDA; después, SEÑÁ RITA.

ALEJO.—*(Que sube por la escalera de caracol con una emoción exagerada.)* ¡Mi madre! *(Llama.)* ¡Casilda!... ¡Casilda!

CASILDA.—*(Que sale por la derecha.)* ¿Tú?...

ALEJO.—*(Con mayor emoción cada vez.)* ¡Casilda!

CASILDA.—Pero ¿qué te pasa?

ALEJO.—¡Casilda, cáete al suelo!

CASILDA.—¿Yo?... ¿Por qué?

ALEJO.—Casilda, cáete al suelo.

CASILDA.—Pero yo ¿pa qué me voy a caer? ¿Qué pasa?

ALEJO.—Pues arrímate a una silla, porque de que te dé la noticia, el desplome es inminente.

CASILDA.—Pero ¿qué noticia es?... ¿Qué ocurre?

ALEJO.—¡Que..., que..., que...! ¡Que está abajo la Rita!

CASILDA.—¿La Rita?... ¿Con la Severina?

ALEJO.—No; sola..., ¡completamente sola!... Lívida, pálida, escuálida, con la barbilla en la cintura y con un aspecto degenerao y macilento que asusta. Ha perdido cinco kilos. ¡Trae el traje casi vacío, no te digo más!

CASILDA.—Pero ¿qué le ocurre?

ALEJO.—No sé; dice que quiere hablarte en secreto.

CASILDA.—¿A mí?... Pues dila que suba, que suba a escape...

ALEJO.—*(Se acerca a la escalera.)* Que suba usté, señá Rita. *(A Casilda.)* Oye: no te creas que lo que va a subir es la mitá, que es que se ha depauperao. Fíjate. *(Sube Rita, con muy mal aspecto, agobiada, temblorosa, con la barbilla hincada en el pecho. Queda inmóvil, silenciosa, sin levantar los ojos del suelo.)*

CASILDA.—*(Afectuosamente.)* ¡Rita! *(Rita rompe a llorar amargamente con sollozos entrecortados.)* Pero ¿qué te pasa?... ¿Y la chica?... *(Rita renueva más fuertemente sus sollozos.)* ¡Pero os ha ocurrido algo?... ¿Y mi marido? *(Rita, al oír la pregunta, solloza convulsivamente.)* ¡Ay Rita!, pero ¿qué ha pasao?... ¡Habla, por la Virgen Santísima, que estoy aterrada!...

SEÑÁ RITA.—¡Ay Casilda! *(Se abraza a ella llorando sin consuelo.)*

CASILDA.—¡Rita, por tu madre!... ¡Dime lo que ha pasao!

SEÑÁ RITA.—¡Ay!

CASILDA.—No llores hasta que me lo digas.

SEÑÁ RITA.—Es que me vas a insultar.

CASILDA.—¡No, mujer, por Dios!

SEÑÁ RITA.—¡Pero no sabía a quién dirigirme!

CASILDA.—¡A mí! Has hecho bien. Pero ¿qué es?

SEÑÁ RITA.—¡La Severina, que me s'ha escapao! *(Llora.)*

CASILDA.—*(Aterrada.)* ¡Jesús!... ¿Qué dices? ¡Tu hija!

SEÑÁ RITA.—¡Mi hija!

CASILDA.—¡Pero no es posible!

SEÑÁ RITA.—Si..., y lo peor... *(Entre sollozos.)*, ¡lo peor es que no sé con quién!

CASILDA.—Pero ¿no ha sido con Prudentino?

SEÑÁ RITA.—No.

CASILDA.—¿Ni con Ciríaco?

SEÑÁ RITA.—¡Tampoco!

CASILDA.—Pues ¿entonces?...

SEÑÁ RITA.—El día que se fué me dejó un papelito diciéndome que se iba huyendo.

CASILDA.—¡Claro, de las visiones que le buscabas!

SEÑÁ RITA.—¿Con quién se habrá ido?... ¡Ella, tan obediente!...

CASILDA.—¡Pues ahí está! Como siempre decía: «A siete que me mandara mi madre, a siete que querría...» Entre siete, vete a averiguar...

SEÑÁ RITA.—Cuando se fué, a los dos días me escribió una carta, diciéndome que la perdonara, pero es que se había ido pa ocultar su deshonra.

CASILDA.—¡Virgen Santísima!...

SEÑÁ RITA.—Y a los ocho días volvió, me lo confesó todo..., y he tenido que llevármela de casa, porque dentro de poco... *(Llora.)*

CASILDA.—¡Ah, de manera que...!

SEÑÁ RITA.—¡Sí, hija, sí!... ¡Tanta reztitú, pa acabar de esa forma!... Porque si la vieras..., ¡un aro!...

CASILDA.—Claro, tan delgadita..., ¡ya me lo figuro! ¡Y por fin has podido averiguar quién ha sido el autor de la fechoría?

SEÑÁ RITA.—Con seguridá no me lo ha dicho, pero creo que un guardia de la porra.

CASILDA.—¡Vamos, qué gracia! ¡Uno que ha querido aumentar la circulación, por lo visto!

SEÑÁ RITA.—¡Y si vieras el efezto que me hacen ahora los discos!...

CASILDA.—¡Me lo figuro!... ¡Y, sobre too, los verdes!

SEÑÁ RITA.—¿Qué hago con la chica, Casilda, qué hago?

CASILDA.—¡Casarla, qué remedio! Casarla con

quien ella ha querido. ¡Si, al fin, por un camino o por otro, tie que ser así!... ¿Pues por qué obligarles a los chicos a ir por el atajo?

SEÑÁ RITA.—Tienes razón, hija; pero ya... *(Llora.)*

CASILDA.—¿Crees tú que lo que he sufrido yo por mi hijo, y lo que estoy luchando por mi hija, lo hago por gusto? Lo hago, porque me parece mejor sufrir yo que deshacerles la vida a ellos.

SEÑÁ RITA.—¿Y tú crees que con un municipal será feliz?

CASILDA.—¡Mujer, qué sé yo!... Eso es harina de otro costal. Ya ves; yo siempre creí que el peor marido era un sereno, y una amiga mía se casó con uno, le pregunté si era feliz, y me dijo: «Muchísimo; porque de noche no le veo, y de día se duerme.» Y es que pa cada mujer la felicidá es una cosa diferente.

SEÑÁ RITA.—¡Eso es la verdá!... ¡A mí me da tanto miedo el Ayuntamiento!...

CASILDA.—Bueno, y mi marido, ¿se ha ido con vosotras?

SEÑÁ RITA.—¡Quia, hija! En cuanto se fué la chica y se enteró de los motivos, le dió un ataque de risa nerviosa, que a la segunda carcajada no quedaba ni tanto así de la vajilla... Le di la noticia en el comedor... ¡Le saltó la cuerda a los cuatro relojes que lleva y se fué de casa, dándose de puñetazos y tirándose de los pelos!

CASILDA.—¡No era pa menos!

SEÑÁ RITA.—Yo creí que estaría aquí.

CASILDA.—¡Quia! ¿No ves que siempre ha puesto a su hija como un trapo, poniéndola a la tuya como modelo de seriedad y obediencia?... ¡Claro, ahora está avergonzao y no se atreve a venir!... *(Se levanta indignada.)* ¡Pero vendrá!... Yo le buscaré, y vendrá..., y vendrá con las orejas gachas... ¡Dios, que hace las cosas!... Y cuando venga... ¡Cuando venga, te juro que le voy a poner...!

ALEJO.—*(Que se asoma.)* ¡Casilda!

CASILDA.—¿Qué?

ALEJO.—Vuelve a caerte.

CASILDA.—¿Pues?...

ALEJO.—Tu nieta, que trae a Pepe.

CASILDA.—*(Con alegría.)* ¡Ay, gracias, Dios mío!

ALEJO.—Han venido en un «taxi», y está pagando. Abrele.

SEÑÁ RITA.—A mí me da vergüenza que me vea. ¡No, no quiero verlo!

CASILDA.—Métete ahí con la Nieves.

ALEJO.—Y oye, tú: Jacinto y yo nos vamos.

CASILDA.—No.

ALEJO.—Es que con Pepe aquí...

CASILDA.—Quietos. Esta vez no hay por qué huir. Esperar que yo hable con él. Y tú *(A Rita.)*, no llores, que todo se arreglará. No es tan malo el Ayuntamiento como dicen. *(Vanse, Alejo, al taller; Rita, por la primera izquierda.)* Dejaré abierto. Que entre, que me va a oír. *(Sale a abrir. Entra y se oculta por la segunda izquierda.)* ¡Ya está ahí!

## ESCENA X

SEÑOR PEPE y la PEQUE, por la derecha.

PEQUE.—*(Llorosa.)* ¡Pase usté, agüelo; pase usté!

SEÑOR PEPE.—*(Inquieto.)* Pero ¿dices que la cosa es grave?

PEQUE.—¡Mu grave, sí, señor!... ¡Tiene una pierna así, y la otra así..., y la otra...

SEÑOR PEPE.—Oye...

PEQUE.—Y la otra tarde le avierto a usté que se lo averti: «Que se va usté a caer, agüela, que se va usté a caer!...» ¡Y cataplún!... ¡Misté, a mí aún no me se ha pasao el temblor!...

SEÑOR PEPE.—¿Y dices que no puede andar?

PEQUE.—¡Quia, si está en un grito la pobre, que no calla! «¡Que venga tu agüelo, que venga tu agüelo!...» ¡Y yo, por eso me he decidido!...

SEÑOR PEPE.—Bien hecho. ¿Y es fraztura, o rotura?

PEQUE.—Pues misté; yo no sé si es fraztura o ro-

tura; yo he oído algo de ura...; fraztura, rotura, compostura, dislocadura, no me acuerdo, pero algo así. El caso es que le ha dicho el médico que quizá que ya no pueda andar más que cogida del brazo de usté..., y que si usté se negaba, tendría que recurrir a la muleta.

SEÑOR PEPE.— Pero ¿cómo? ¿Quedarse coja?

PEQUE.—Coja, sí, señor; coja..., coja esa silla y siéntese, agüelo..., que voy a ver si pue usté pasar a la alcoba.

SEÑOR PEPE.—¿Y ha venido hoy el médico?

PEQUE.—No sé, porque es un señor que dice que viene a las diez y viene a las once.

SEÑOR PEPE.—*(Indignado.)* ¡Que lo echen!

PEQUE.—Sí, señor, ya lo echarán; no se enfade usté. Y el porrazo fué ahí, en el caracol..., que es un caracol de pronóstico. Yo me he caído dos veces. Antes me gustaban a mí los caracoles, pero desde que frecuento esta casa, les he tomao una hincha...

SEÑOR PEPE.—¿Y cómo se cayó?

PEQUE.—Pues misté: por ser puntual, la pobre... Había citao a un cliente a las diez y media, se descuidó un minuto, y por bajar corriendo, ¡zas!, ¡el gachapazo! ¡Vea usté qué más dará llegar dos minutos antes que después!...

SEÑOR PEPE.—*(Con energía.)* Da.

PEQUE.—*(Asustada.)* Hombre, yo no digo que no dé..., pero...

SEÑOR PEPE.—Da. *(Con mayor energía.)*

PEQUE.—*(Asustada.)* Bueno; pues, con permiso..., yo me voy... *(Aparte.)* Yo me voy a Pozuelo a pasar unos días, porque en cuanto sepa que todo esto es mentira, ¡me monda! *(Alto.)* Me voy a avisar, a ver si... Déme usté el bastón, que se lo voy a guardar ahí en... Bueno, agüelo...; con permiso... *(Medio mutis. Vuelve.)* ¿Lleva usté correa?

SEÑOR PEPE.—Yo, sí. ¿Por qué me lo preguntas?...

PEQUE.—No, por nada... Bueno, agüelo; adiós, agüelo...; que no lo tome usté a mal, agüelo... Adiós, agüelo... *(Vase muy asustada.)*

## ESCENA XI

SEÑOR PEPE y CASILDA.

SEÑOR PEPE.—¿Qué le pasará a esta chica?... La encuentro así como...

CASILDA.—*(Por la primera izquierda. Sonriente.)* ¡Dichosos los ojos, hombre!...

SEÑOR PEPE.—¡Casilda!... ¿Tú?...

CASILDA.—*(Avanzando.)* ¿Quién, si no?

SEÑOR PEPE.—Pero ¿no cojeas?

CASILDA.—Todavía no; pero no he perdido la esperanza, porque confío en que me romperás una pierna en cuanto sepas que todo ha sido una farsa de la niña pa que vinieras.

SEÑOR PEPE.—¿De manera que todo mentira?

CASILDA.—Todo. Una habilidad de tu nieta.

SEÑOR PEPE.—¿La habéis enseñao a mentir?

CASILDA.—No. Ya sabía ella. A eso enseña la vida y las personas tozudas e intransigentes a las que no se puede manejar sin engañarlas.

SEÑOR PEPE.—Pues a mí, no. ¡Si lo dices por mí, te equivocas! Yo con la mentira no transijo, ni me doblego, ni me... ¡Adiós!

CASILDA.—*(Poniéndose ante él.)* ¿Cómo adiós?...

SEÑOR PEPE.—¡Me marcho!

CASILDA.—¡Tú no sales de aquí sin oírme, Pepe!

SEÑOR PEPE.—Yo no necesito oír.

CASILDA.—Tú necesitas oírme; porque lo que vas a oír ahora de mis labios no lo has oído nunca. ¡Es una confesión de mis culpas!

SEÑOR PEPE.—¿De tus culpas?

CASILDA.—¡De mis culpas, sí!... Porque, para que lo sepas, Pepe: yo..., ¡yo he vivido engañándote!

SEÑOR PEPE.—Pero ¿qué dices?... ¿Esto es otra broma o qué?

CASILDA.—No. Esto es una verdá como el Evangelio. Yo he vivido engañándote..., engañándote..., porque..., porque hasta hoy no me he atrevido a

decirte que no he estao conforme nunca, ¡nunca!, con tu modo de ser.

SEÑOR PEPE.—¿Qué dices?

CASILDA.—¡Que he sido una mártir!... Porque veintiocho años de puntualidá es mucha puntualidá, Pepe. Veintiocho años sufriendo y corriendo azacanada, con la lengua fuera, pa hacer una cosa a las cinco en punto que lo mismo nos hubiera dao hacerla a las seis y cuarto, es un martirio inútil.

SEÑOR PEPE.—Pero ¿me dices eso tú?... ¿Tú, que me has hecho creer...?

CASILDA.—Yo no te he hecho creer nada. Yo he sido una mujer buena y sufrida, que por vivir a bien contigo te he seguido la corriente, torciendo muchas veces mi inclinación, pa que lo sepas.

SEÑOR PEPE.—¿Tu inclinación?

CASILDA.—Sí, porque en mil ocasiones he querido hacer las paces con quien había regañao por una tontuna, y no me has dejao, porque decías que no era formal. Y he castigao a un hijo, y no he podido levantarle el castigo, porque me decías que no era serio. ¡Que no es serio que una madre perdone!

SEÑOR PEPE.—¡Cuando educa, no!

CASILDA.—¡Siempre! ¡Y calcula lo que habré sufrido, después, viendo que ese hijo, como aquí éramos tan serios y tan intransigentes, tenía que irse donde las cosas no fueran tan en punto y donde pudiera perdonar sus errores a la mujer que quería, sin que el perdón fuera para él un disgusto, sino una gloria.

SEÑOR PEPE.—Pero ¡cómo sois!... ¡Siempre con la blandura y el perdón!

CASILDA.—¡Siempre..., siempre..., Pepe!... Porque ¿a quién querrás en este mundo que no tengas que perdonarle algo?... Que la vida es tolerancia, y dulzura, y amor, y si no comprendes, transiges y perdonas, ni vives ni dejas vivir. ¡Y eso es lo que has hecho tú!... ¡Tú, siendo el mejor de los hombres!

SEÑOR PEPE.—¿Yo?

CASILDA.—¡Sí!

SEÑOR PEPE.—Entonces, ¿me echas en cara que os he sacrificao, que os he martirizao?... Entonces, ¿tú crees que la seriedad, la rectitú, la puntualidá, que han sido las reglas de mi vida, son defectos?

CASILDA.—Son defectos, si se exageran. Eso es lo que quiero decirte. Y tan perniciosos, que, extremaos, te hacen simpáticas hasta a las personas informales.

SEÑOR PEPE.—¡A vosotros será!... ¡A mí, nunca!... ¡Que viviré siempre con la línea recta por norma y el reló por guía y sin transigir ni en un milímetro ni en un segundo!

CASILDA.—¡Pues vives equivocao, Pepe, porque tú no te has dao cuenta de lo agradable que es llegar un poco tarde a los sitios!

SEÑOR PEPE.—*(Asombrado.)* ¿Eh?...

CASILDA.—¡Pues claro, hombre!... Tardas un poquito, y todo el mundo esperándote, y cuando llegas, ¡una alegría...! «¡Ya ha venido!» «¡Ya está ahí!...» «¡Ya ha llegao!...» Pero llegas puntual, y too Dios con una cara larga... «¡Qué pronto ha venido ése!...» «¡Qué pelmazo!» «¡No nos ha dao tiempo a prepararnos!»

SEÑOR PEPE.—¡Casilda, más vale que crea que me hablas en broma, porque, si no, me pensaría que ni me quieres ni has podido quererme nunca!

CASILDA.—¿Que no te he querido?... ¿Que no te quiero?... Sí, Pepe. ¡Con toda mi alma!... ¡A pesar de tus relojes!... Que para quererte no me han hecho falta, porque yo te he querido a las doce en punto, a la una y cuarto, a las seis y media, a todos los minutos, a todas las horas y por toda una eternidá, donde ya no hay horas ni minutos, pero donde yo espero que aún viva allí el amor de nuestras almas, si ha sido noble y honrao como el mío...

SEÑOR PEPE.—*(Conmovido.)* ¡Casilda!...

CASILDA.—*(Cogiéndole amorosamente.)* Y luego... Ven acá. ¿No sientes que te remuerde un poco la conciencia?... Porque yo he querido aquí, en el amor de mi casa, agrupar y conducir a mis hijos

hacia su bien... ¡Tú te fuiste! ¿Y qué has encontrao fuera?... ¡Dime!... ¡Hipocresía y miseria!... Aquí, siquiera, hemos afrontao tu intransigencia con lealtá; fuera, no han podido halagarte más que unos días, porque la mentira dura poco.

SEÑOR PEPE.—Sí; en eso reconozco que he sido injusto con la chica, y yo te pido perdón...

CASILDA.—No, no me pidas nada. Que el que va a tener que perdonarme eres tú.

SEÑOR PEPE.—¿A ti?

CASILDA.—A mí. Porque aún no te he confesao el único pecao serio que he cometido en contra tuya.

SEÑOR PEPE.—¡Me alarmas! ¿Cuál es?...

CASILDA.—¡Que me he pasao la vida pidiéndole a la Virgen de la Paloma que te robaran los relojes!

SEÑOR PEPE.—¿Los cuatro?

CASILDA.—Todos. Y ya que no me lo ha concedido, déjame que te los robe yo. *(Se los saca de los bolsillos.)* Uno..., dos..., tres...

SEÑOR PEPE.—*(Deteniéndola.)* ¡Déjame uno siquiera!

CASILDA.—Ninguno...

SEÑOR PEPE.—Pero ¡sin reló!...

CASILDA.—No te apures, que más que tú es Dios y no tiene reló, porque no tiene hora. Siempre nos está esperando, y en cualquier instante que llegues, lo encuentras. ¡Eso sí que es amor y es paciencia!

SEÑOR PEPE.—Bueno; tómalo. *(Le da el cuarto. Remangándose el puño con disimulo. Aparte.)* ¡Que no se fije en el de pulsera!

## ESCENA XII

DICHOS, GANDULLA y GARCÍA PINOCHO y ALEJO, del taller; después, NIEVES, JACINTO y JOSÉ MARÍA.

GANDULLA.—¿Hay permiso?

SEÑOR PEPE.—Suba, suba...

GARCÍA PINOCHO.—Y servidor, ¿se le concede el ascenso?

SEÑOR PEPE.—Adelante.

GANDULLA.—Dispense usté que nos hayamos retrasao, señor Pepe.

SEÑOR PEPE.—No se excusen. Es igual.

GARCÍA PINOCHO.—¿Que es igual?

SEÑOR PEPE.—Es que ya no sé la hora.

GANDULLA.—¿Que no la sabe usté?

SEÑOR PEPE.—¡Me han robao el reló!

GARCÍA PINOCHO.—¿Los cuatro?

SEÑOR PEPE.—Todos. De forma que pa mí ya no hay más hora que la que quiera ésta.

GARCÍA PINOCHO.—Pues nada: la cosa es que veníamos a decirle a usté, nosotros, que fuimos los causantes involuntarios de un disgusto gravísimo acaecido poco ha en esta mansión...

GANDULLA.—No se extrañe usté del léxico, que es que estamos amueblando a medias la sala donde se va a reunir el Tribunal de Garantías... ¡Que ahora sí que va a celebrar caa sesión como pa comprar billetes..., y no hiperboleo!

SEÑOR PEPE.—Adelante.

GARCÍA PINOCHO.—Bueno; pues nosotros, que fuimos los causantes del citao disgusto, queremos devolverle a su cuñao de usté, señor Alejo, potragonista del citao «afaire», su buena fama, porque lo merece.

ALEJO.—*(Saliendo.)* Servidor.

SEÑOR PEPE.—Es inútil que haya salido, porque yo dije una vez que no le dirigía más la palabra a ese hombre, y no se la dirijo.

ALEJO.—Ni falta. *(Lleva en las manos una car-*

*terita y un lápiz. Escribe una cosa, arranca la hoja y se la da a Pepe.)*

SEÑOR PEPE.—*(Leyendo.)* «Buenos y rectilíneos.» *(Con desdén.)* ¡Bah!...

ALEJO.—Yo siempre seré una persona fina; si no puedo de palabra, por escrito.

GANDULLA.—Bueno; esto son pláticas familiares.

SEÑOR PEPE.—¡No lo crean ustedes!

GANDULLA.—¡Huy, las veces que se van ustés a llamar cafres en esta existencia!...

GARCÍA PINOCHO.—Pues queríamos decirle a usté, señor Pepe, que los muebles contrataos están ya en nuestro poder...

GANDULLA.—Que a mí me se ha entregao el comedor... *(Alejo escribe.)*, y que las seiscientas pesetas que le anticipé al señor Alejo me han sido liquidadas. *(Sigue escribiendo.)*

SEÑOR PEPE.—Era un deber.

GANDULLA.—Pero debo añadirle a usté que el señor Alejo ha hecho el comedor de una forma y con un esmero y elegancia que no hay ebanista en Madrid que lo supere.

ALEJO.—Un momento. ¿Animal es con hache?

GARCÍA PINOCHO.—Algunos, sí.

ALEJO.—¿Hipopótamo?

GARCÍA PINOCHO.—Con hache.

ALEJO.—Seguir. *(Escribe.)*

GANDULLA.—Y que el cliente ha quedao tan contento de la finura y maestría del trabajo, que nos ha dicho que no le ha importao esperar quince ni veinte días, y nos ha entregao doscientas pesetas pa que se gratifique a los operarios que lo han ejecutao. Aquí están. Era de conciencia manifestárselo a usté, y así lo hacemos.

ALEJO.—*(Que ha cogido el dinero.)* Otro paréntesis. ¿Idiota es con i griega?

GARCÍA PINOCHO.—¡Con i latina!

ALEJO.—*(A su cuñado.)* ¿Latina?... Pues dale deo gracias a Dios, que me has pillao de buenas. Y ahí va la hoja oficial, pa que leas. *(Le da el papel con lo que ha escrito.)*

SEÑOR PEPE.—¿Qué ha puesto aquí este necio?...

*(Lee.)* «Toma tripita, traga quina, chúpate ésa.»

ALEJO.—Ligeros comentarios...

SEÑOR PEPE.—*(Que sigue leyendo.)* «Anda y que te ondulen...» *(Indignado.)* ¡Oye!...

ALEJO.—La letra del tango es ajena a la polémica, y va como expresión de regocijo.

SEÑOR PEPE.—*(Sonriendo.)* ¡Eres un mamarracho!

ALEJO.—Lee la última frase, a la vuelta.

SEÑOR PEPE.—*(Leyéndola.)* «¡Y tú, más!»

ALEJO.—Eso va como conterita a los ajetivos cualificativos que me se dediquen. La gramática tie sus sorpresas. ¡Por si acaso!

SEÑOR PEPE.—Pero ¿es posible que este tipo esté regenerao?

ALEJO.—Como que esta mañana el tabernero de la esquina me ha ofrecido un cuarenta y cinco y no he querido.

SEÑOR PEPE.—¿Y qué es eso?

ALEJO.—Un quince triplicao. ¡Tres zurriagazos! Y que eran de Valdepeñas. Naa más. Conque, cumplidos los compromisos y dejao a salvo el buen nombre del taller, aquí estamos de más. *(A Jacinto, que sale con Nieves.)* ¡Vámonos, hijo!

NIEVES.—¡No, váyase usté solo, que a éste todavía le queda aquí tarea!

JACINTO.—¿Piensas darme mucho trabajo?

NIEVES.—¡Mucho; pero lo haremos a medias!...

ALEJO.—Bueno; pues me voy yo solo... Pepe, perdona... *(Se quita la blusa.)*

SEÑOR PEPE.—¡Ponte esa blusa otra vez, so sinvergüenza! *(Se la pone mal, y no puede mover los brazos.)*

CASILDA.—¡No será puntual, pero es bueno!...

ALEJO.—No te doy un abrazo, hermana, porque estas personas graves no saben ni poner una blusa.

SEÑOR PEPE.—Y tú, a coger la gubia y a trabajar.

JACINTO.—Lo que usté mande, señor Pepe.

SEÑOR PEPE.—Habéis convencido a varios de que aún sois capaces de cumplir con el trabajo; pero quiero convencerme yo.

ALEJO.—¡Oye, no dejarle un reló sano!

JOSÉ MARÍA.—*(Saliendo.)* Bueno, padre. Ya está todo al corriente. Ya se puede usté encargar del taller.

SEÑOR PEPE.—Yo, no. ¡Sigue tú, hijo! No soy cabezota. Yo creí que lo mío era lo mejor; pero he visto que no, y mi desilusión me aparta de la vida. No quiero ser vuestro tormento. Vosotros tenéis un reló que os dice a las doce en punto, y lo mismo os da a la una. Yo, no; yo quiero morirme como he sido siempre, como soy, como seré. Me dicen «a las doce en punto»..., y a esa hora, ¡yo! *(El reloj da una hora. Telón.)*

FIN DE
«LAS DOCE EN PUNTO»